

FEBRERO DE 2023

Historiemos

Viviendo el pasado para reconstruir el presente



Robert Darton y su gran Matanza
de Gatos

Pág. 5

Cartografía histórica y emocional de los lugares y
edificios del Culiacán antiguo

Pág. 10

Historiemos

FEBRERO 2023. Vol. 1, Núm. 5 Español

ÍNDICE

"Robert Darnton y su gran matanza de gatos" José Ricardo Arredondo Yucupicio.....	5
"Cartografía histórica y emocional de los lugares y edificios del Culiacán antiguo: Una contribución en la defensa del patrimonio cultural y la memoria histórica" Daniel Chiquete Beltrán.....	10
"Un santo no reconocido: Malverde" Fabiola Guadalupe Gaxiola López.....	20
"La Carrera de Indias como reflejo de una sociedad marítima novohispana" Enrique Pérez Morales.....	27
"La dieta novohispana: encasillamiento histórico por razones culturales, económicas y sociales" Jesús Miguel Sánchez Reyes.....	33
"Transcripción y comentario de la «Carta manuscrita del Obispado de Sonora, protestando contra las leyes de Reforma», de Pedro Loza (1865) Angélica Barrios Bustamante.....	42
Reseña de Mario T. García del libro de Óscar J. Martínez Ciudad Juárez: <i>Saga of a Legendary Border City</i> (Traducción: Rigoberto Rodríguez Benítez).....	45



DIRECTORIO

Director

Dr. Juan Antonio Fernández Velázquez

Editor

Dr. Daniel Chiquete Beltrán
Diseño Editorial
M.C. Clara Leticia Ontiveros Hernández

Consejo Editorial

Dr. Arturo Carrillo Rojas
Dr. Saúl Armando Alarcón Amézquita
Dra. María de los Ángeles Sitalit García Murillo
Dr. Félix Brito Rodríguez
Dra. María Elda Rivera Calvo
Dr. Rigoberto Rodríguez Benítez

Comité Directivo: 2022-2024

M.C. Catarino Escobar
Presidente
Dra. María Elda Rivera Calvo
Secretaria
Dr. Juan Antonio Fernández Velázquez
Vocal
M.C. Clara Leticia Ontiveros Hernández
Tesorera

Esta revista se distribuye de manera gratuita por correo electrónico, y redes sociales como una obra sinaloense de difusión histórica.

Los artículos son responsabilidad de quienes los escriben.

Visítenos en:

colhsin.
com.
mx

Dudas o aclaraciones
6672229366 6671917678
colhsin2004@gmail.com

EDITORIAL

La sabiduría popular afirma que “no hay quinto malo”, expresión antigua procedente de la tauromaquia, en el tiempo en que los ganaderos elegían el orden de los toros que habrían de ser enviados al ruedo en la fiesta taurina. Era una regla no escrita que el quinto ejemplar debería ser el de mayor calidad, lo que garantizaba que no habría un quinto malo. Me permito utilizar esta alusión como metáfora para este quinto volumen de la revista *Historiemos*, el cual con alegría pone a disposición del público interesado el Colegio de Historiadores de Sinaloa, A.C. (COLHSIN).

Esta revista, como lo hemos expresado en otros espacios, es un esfuerzo colectivo de los miembros colegiados por difundir la Historia a través de artículos, reseñas de libros, memorias, rescate de documentos importantes del pasado y cualquier otra información que permita tener una visión más amplia y profunda del devenir regional, nacional e internacional. Esperamos con este volumen llegar a mucha gente del gremio de *Clío*, la graciosa musa encargada de alabar y cantar la historia, hija del poderoso rey olímpico *Zeus* y de *Mnemósine*, la diosa conocedora de los secretos de la belleza y del conocimiento.

En este volumen, *Historiemos* recoge textos que abordan temáticas centradas en ámbitos geográficos y cronológicos diversos, expuestos también en formatos diferentes, pero complementarios. El texto que abre las exposiciones es “Robert Darnton y su gran matanza de gatos” de José Ricardo Arredondo Yucupicio, donde se presenta una síntesis del artículo más famoso de este historiador “francés que nació en Nueva York”. El artículo

expone varias de las claves utilizadas por Darnton para desentrañar un episodio “extraño” para la mentalidad moderna, pero que precisamente en esa extrañeza reside su valor como episodio histórico. Arredondo Yucupicio ayuda a entender mejor la exposición del “gaticidio” ocurrido en la Francia del siglo XVIII analizado por Darnton, no para quitarle su extrañeza, sino para aprehenderla mejor.

El segundo aporte es de Daniel Chiquete Beltrán, quien con su “Cartografía histórica y emocional de los lugares y edificios del Culiacán antiguo: Una contribución en la defensa del patrimonio cultural y la memoria histórica” pone el conocimiento urbano-arquitectónico en diálogo con la historia y la cultura general y para así aportar al fortaleciendo la identidad regional que se va perdiendo en la medida que también desaparecen “las huellas tangibles del pasado”, específicamente los lugares y edificios emblemáticos de esta ciudad que están siendo arrasados por el huracán de la “modernidad”. El autor presenta una “cartografía” de esos lugares que han dado consistencia y arraigo a la memoria histórica de varias generaciones de culiacanenses.

La tercera contribución, de Fabiola Guadalupe Gaxiola López, también aborda un tema regional: “Un santo no reconocido: Malverde”. Este texto comienza exponiendo un diálogo fundamental de *El jinete de la Divina Providencia*, del dramaturgo sinaloense Óscar Liera, donde se va delineando el perfil del personaje central, Malverde, el “Diablo Verde”. Partiendo de la recreación literaria de Liera, el autor del artículo expone el origen y desarrollo de esta devoción, afincán-

dola entre la historia y la leyenda. En la segunda parte del artículo, Gaxiola López comparte algunas contribuciones desde las ciencias sociales para acercarnos al personaje desde recursos interpretativos de solvencia académica.

Los siguientes dos artículos se ocupan con temas de la época de la Colonia. Enrique Pérez Morales comparte "*La Carrera de Indias* como reflejo de una sociedad marítima novohispana", donde afirma y sustenta que la sociedad virreinal era marítima, aportando muchos datos y reflexiones sobre el papel fundamental de esta actividad en la economía, las relaciones sociales y el contacto con el amplio mundo exterior. El texto es rico también en información técnica sobre aspectos relacionados con la marítima, como las embarcaciones utilizadas para los desplazamientos, especialmente el galeón, o formas de contratos. Muy ilustrativo resalta también el tema abordado sobre la corrupción, el fraude y el contrabando que se generaba en torno a las actividades comerciales.

El segundo texto centrado en este período se trata de "La dieta novohispana: encasillamiento histórico por razones culturales, económicas y sociales", escrito por Jesús Miguel Sánchez Reyes, y que tiene como objetivo informar sobre la dieta alimenticia de nuestra región. El artículo no se limita a describir los componentes de la dieta, sino que también aborda los procesos de producción, comercialización y consumo, todo dentro de coordenadas históricas que ayudan a entender el consumo alimentario también desde sus dimensiones cultural, económica y geográfica.

Angélica Barrios Bustamante hace una valiosa contribución a este

volumen al transcribir e introducir un importante documento que, en palabras de esta historiadora chilena, "nos ofrece la oportunidad de conocer cómo sucedieron las relaciones Iglesia-Estado durante el Segundo Imperio mexicano". El referido texto se trata de la "Carta manuscrita del Obispado de Sonora, protestando contra las leyes de Reforma", cuyo autor fue el obispo Pedro Loza y Pardavé, exiliado en San Francisco, desde donde envía la carta al emperador Maximiliano en el año de 1865. Sin duda, este breve texto abre una ventana para asomarnos a un momento trascendental de nuestra historia.

Y *last but not least*, se cierra la serie de contribuciones con la traducción del inglés realizada por Rigoberto Rodríguez Benítez de la reseña de Mario T. García del libro de Óscar J. Martínez *Ciudad Juárez: Saga of a Legendary Border City*. Esta cuidadosa traducción permite acercarnos al tema de "historia de las fronteras", tan relevante en estos tiempos de migraciones, encuentros y desencuentros transculturales, de diálogos bilaterales y esfuerzos comunicativos. La frontera México-Estados Unidos por múltiples razones ha sido y es un fenómeno complejo y fascinante. Acercarnos a la obra de un experto en el tema, en la traducción de otro especialista, es sin duda enriquecedor.

En fin, espero que con esta breve descripción del contenido del presente volumen de la revista *Historiemos* haber despertado el interés por su lectura. Confío que al final de la misma usted, amable lector o lectora, también podrá afirmar que "no hay quinto malo", incluso que los puede haber muy buenos.

Dr. Daniel Chiquete Beltrán
Editor.



Robert Darnton y su gran matanza de gatos

José Ricardo Arredondo Yucupicio

Robert Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, trad. Carlos Valdés, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa es, con toda seguridad, el libro más conocido de Darnton.

La filiación historiográfica de Robert Darnton (1939) nos llevaría a pensar que nació en Francia. La verdad es que nació en Nueva York, ciudad que, por su cosmopolitismo, es lo más gringo que puede existir. Robert Darnton, junto como Natalie Zemon Davies, son historiadores franceses que no son franceses. Las obras de ambos son representativas de la historia cultural francesa, esa que tomó impulso en la década de los ochentas.

La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa es, con toda seguridad, el libro más conocido de Darnton.¹ Publicado en 1984 en francés, después el Fondo de Cultura Económica lo llevó a los países hispanohablantes. Acá pondremos la atención en el tercer capítulo, que inspira el nombre del libro: "La rebelión de los obreros: la gran matanza de gatos en la calle Saint-Séverin". Ya desde las primeras líneas de la introducción, Darn-

¹ Robert Darnton (2000), *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, trad. Carlos Valdés, México, FCE.

ton dice buscar la forma de pensar en Francia en el siglo XVIII. ¿Qué puede decir un acontecimiento que pareciera intrascendente —en este caso, asesinar gatos— del pensamiento de los franceses en un determinado tiempo? Pocas revoluciones comparables en la historiografía con aquella que puso el ojo en “los de abajo”. Hasta bien entrado el siglo XX, la historia se había dedicado a los grandes acontecimientos, a los personajes rimbombantes, a los políticos importantes y a los generales victoriosos. ¿Es esa la Historia de la humanidad?

Para el momento en que Marc Bloch decía que “la historia es el estudio de los hombres en el tiempo”, esos “hombres” (y en eso era exacto Bloch, pues las mujeres apenas aparecían) eran un puñado y nada más. Realmente, las limitaciones metodológicas y epistemológicas no permitían un avance en esa expansión que vería la disciplina histórica en el siglo XX. Un cambio profundo vendría cuando se dejara de estudiar a “los hombres”, y que el objeto de estudio fuera ahora “la humanidad”.

Un problema surge cuando se amplía el área de trabajo del historiador (y es un problema crónico): las fuentes. ¿Cómo historiar a una sociedad que durante siglos fue ágrafa? ¿Cómo hacerlo cuando, además, fue constantemente ignorada por quienes tenían las plumas en la mano? Ese es el problema con el que cualquier historiador que esté interesado en temas que van más allá de la clásica historia *événementielle* se va a encontrar.

Robert Darnton se acerca al pueblo francés con una mirada hasta cierto punto etnográfica, pero sin que se pierda la importancia de la dimensión histórica de su estudio. Se acerca a un pasado que no le pertenece, que es inaprehensible para él, y trata de reconstruirlo aun sabiendo que fracasa-

Pocas revoluciones comparables en la historiografía con aquella que puso el ojo en ‘los de abajo’.

Un problema surge cuando se amplía el área de trabajo del historiador (y es un problema crónico): las fuentes.

Robert Darnton se acerca al pueblo francés con un ojo hasta cierto punto etnográfico, pero sin que se pierda la importancia de la dimensión histórica de su estudio.

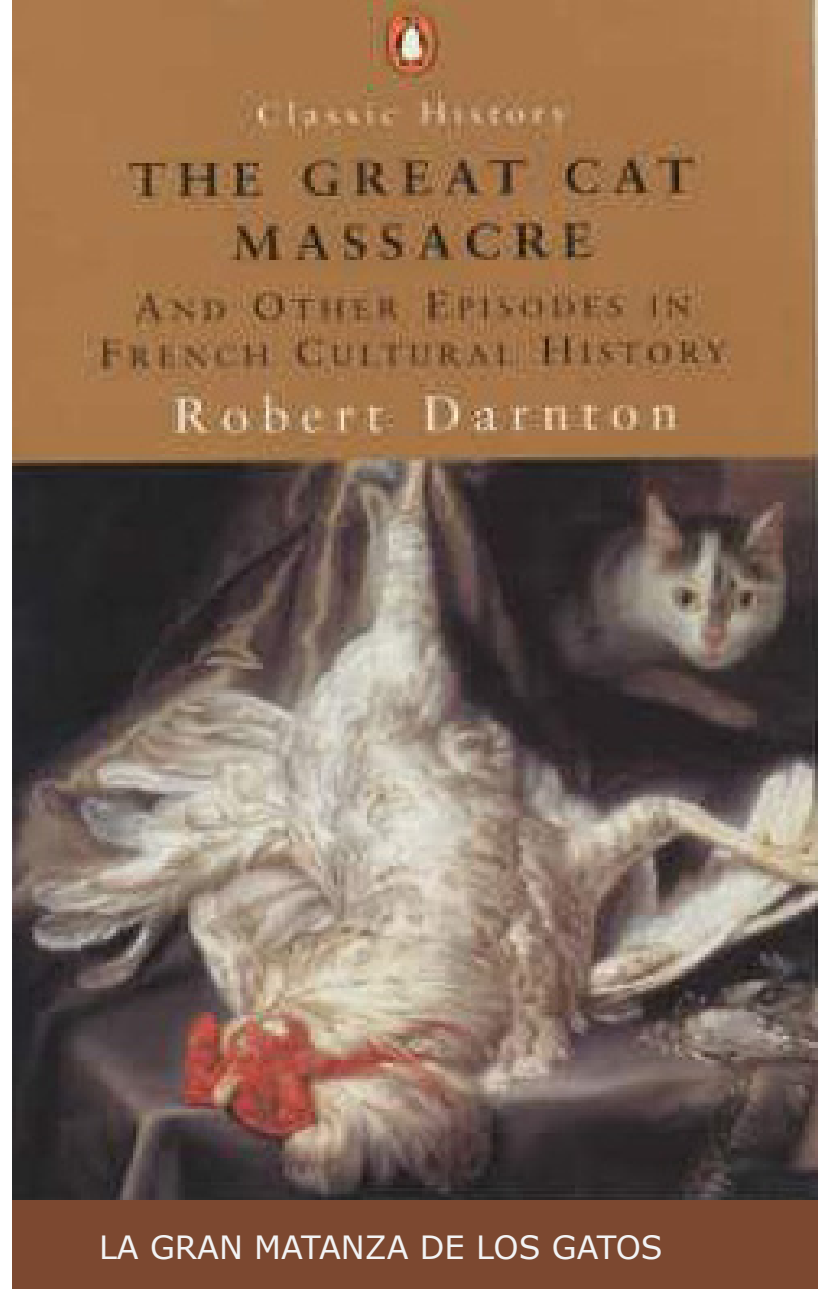


sará en el intento. Sabe de la imposibilidad de entender al trabajador francés del *ancien régime*, pues los marcos de referencia que determinan al historiador del siglo XX y al obrero del XVIII son colosales. Sabiéndose un extranjero (tanto en el tiempo como en el espacio), Darnton entiende su labor. Se libra de los prejuicios y se lanza a la búsqueda del sentido. Se hace una pregunta: ¿cómo puede ser algo gracioso una gran matanza de gatos en la calle de Saint-Séverin?

No podemos perder de vista la historicidad de los valores morales. Estos están sujetos al cambio, no solo en el tiempo, sino también en el espacio. Al acercarnos al pasado debemos aceptar nuestra condición de extranjeros. Entender antes de juzgar es paso indispensable para poder dar una explicación a un fenómeno histórico. Darnton dice: "Debería ser posible que el historiador descubriera la dimensión social del pensamiento y que entendiera el sentido de los documentos relacionándolos con el mundo circundante de los significados, pasando del texto al contexto, y regresando de nuevo a este hasta lograr una ruta en un mundo mental extraño".²

El historiador no debe perder la noción de donde se encuentran los hombres y las mujeres a quienes estudia, así como el contexto de producción del documento del que echa mano. Cuando Darnton comienza a explicar una gran matanza de gatos en la Francia del *ancien régime*, deja claro que "nuestra incapacidad para comprender este chiste es un indicio de la distancia que nos separa de los trabajadores de Europa antes de la época

² *Ibíd.*, p. 13.



LA GRAN MATANZA DE LOS GATOS

El historiador no debe perder la noción de donde se encuentran los hombres y las mujeres a quienes estudia, así como el contexto de producción del documento del que echa mano.

industrial”.³ De ahí el reto que motiva a Darnton: entender a los artesanos “gaticidas” puede dar pie a entender más aspectos de la cultura de los artesanos del siglo XVIII europeo en general, y francés en particular.

¿Cómo es posible que, dejando clara la imposibilidad de buena parte de la sociedad francesa —especialmente la de los estratos inferiores— de dejar huella de su pasado y sus pensamientos en forma escrita, haya llegado hasta nosotros un relato escrito sobre el acontecimiento de la calle Saint-Séverin? Esto solo puede entenderse una vez que echamos una mirada a la labor de los impresores del siglo XVIII. Era necesario un conocimiento, aunque sea rudimentario, de la escritura y la lectura, de otra forma el trabajo en las prensas se hubiera complicado. Esto ya nos habla de una excepcionalidad de este grupo respecto de otros obreros preindustriales: la lectura y escritura.

Ahora, hay tres aspectos claves para entender cómo una acción como esta (el asesinato en masa de los gatos de Saint-Séverin) fue posible: en primer lugar, los marcos de referencia de estos obreros; para que un evento así suceda tienen que presentarse situaciones, incidentales o estructurales, que lo permitan. Primero está el aumento del odio de los trabajadores hacia los burgueses, especialmente en una labor como la de los impresores franceses del siglo XVIII. En Francia vemos cómo, a partir de mediados del siglo XVI, hay un deterioro en la vida de los obreros de la imprenta en Francia. Una oligarquización de las empresas tipográficas limitaba la posibilidad a los obreros de ascender a patrones. Se encontraban en una situación en la que podían ser sustituidos por trabajadores eventuales y más baratos. Esto fue provocando un mayor erizamiento

de las relaciones patrono-laborales en esta industria en específico.

En segundo lugar, está el Carnaval y su puesta “patas arriba” del orden social. Este era un momento para que los jóvenes sacaran sus instintos, pudieran liberar sus energías acumuladas al vivir en un mundo en el que no podían hacerlo. Práctica extendida por Europa desde el medievo, los desfiles carnavalescos eran un momento en el que los de abajo y los de arriba compartían espacios y experiencias, donde los obreros podían burlarse de los burgueses impunemente, se representaban pantomimas y se hacía mofa de lo que era vivir en una sociedad tan desigual.

En tercer lugar, tenemos la tortura de animales, que fue una práctica común en Europa desde inicios de la era Moderna. Y la cuestión con los gatos —ese ‘no sé qué’ con estos felinos, como lo menciona Darnton— no era algo que se quedara en la literatura (el autor menciona los ejemplos de gatos siendo torturados en Cervantes y Zola. Nosotros podríamos agregar a Poe). Lo dice textualmente Darnton: “Cuando Jerome y sus camaradas de trabajo jugaron y ahorcaron a todos los gatos que pudieron encontrar en la calle Saint-Séverin, se apoyaron en un elemento común de su cultura”.⁴ Estos hombres vivían condicionados por su tiempo, uno de creencias y costumbres en el que torturar animales no era un tabú, como sí lo es hoy. Los gatos, según el grueso de la población francesa de ese entonces, representaban brujería, poseían poderes ocultos y una influencia mística sobre sus dueños y su hogar.

¿Qué pasó, pues, en Saint-Séverin? Gatos asesinados después de un juicio que tenía características de cerrada carnavalesca, que significaba una venganza contra un burgués y su

3 *Ibíd.*, p. 83.

4 *Ibíd.*, p. 96.



FUENTE: Fotografía tomada de la Gaceta de Harvard.

esposa. Para Darnton, "la broma salió bien porque los obreros utilizaron muy hábilmente un conjunto de ceremonias y símbolos".⁵ Aun después de haber asesinado a la gata favorita de su patrona, los obreros salieron indemnes de este episodio, que se repitió en forma de copie en muchas ocasiones más.

Lo que fue gracioso para los obreros no lo fue para los patrones. Pertenecían, según el autor, a dos subculturas distintas. "Tener mascotas era tan ajeno a los obreros como torturar animales lo era para los burgueses".⁶ La narración que hace Nicolas Contat de este hecho, aun siendo una narración subjetiva, para Darnton no significa que esté fuera de los marcos de referencia de un grupo en particular (en este caso: los obreros), en un momento específico (la Francia del siglo XVIII). Pero, ¿es que puede acaso escribirse un texto fuera de nuestros marcos de referencia? ¿No estamos totalmente condicionados por nuestra experiencia de vida, el tiempo y el lugar en el que existimos?

El reto del historiador es ese: determinar los marcos de referencia en el que se encuentran insertados los actores del pasado. Para poder reali-

zar esa labor hay que ir con carga ligera y desprenderse de juicios premeditados. Lucien Febvre decía: "Ya es hora de acabar con esas interpretaciones retrospectivas, esa elocuencia de abogados y esos efectos de toga... no, el historiador no es un juez. Ni siquiera un juez de instrucción. La historia no es juzgar; es comprender y hacer comprender".⁷

Darnton se pregunta cómo es posible que una matanza de animales pueda ser graciosa. Este cuestionamiento ya nos da una idea de la distancia que nos separa del pasado; cuando una pregunta así surge es cuando el historiador se da cuenta de la extrañez del pasado, de nuestra imposibilidad de aprehenderlo en su totalidad. Esto no significa que debamos renunciar al intento.

⁷ Lucien Febvre (2017), *Combates por la historia*, trad. Francisco J. Fernández Buey y Enrique Argullo, Barcelona: Editorial Planeta, original de 1952, p. 153.

Fuentes:

Darnton, Robert (2000), *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, trad. Carlos Valdés, México, FCE.

Febvre, Lucien (2017), *Combates por la historia*, trad. Francisco J. Fernández Buey y Enrique Argullo, Barcelona, Planeta, original de 1952.

⁵ *Ibíd.*, p. 104.

⁶ *Ídem.*



Cartografía histórica y emocional de los lugares y edificios del Culiacán antiguo:

Una contribución en la defensa del patrimonio cultural y la memoria histórica

En las ciudades se registra el pulso de la vida de cada sociedad, ahí convergen ideas, intereses, sueños y personalidades colectivas, los que se expresan espacialmente.

Por: Daniel Chiquete Beltrán

Las ciudades como musas de la creación artística

Las ciudades siempre han sido centros irradiadores de arte y cultura. No podía ser de otra manera, pues en ellas se registra el pulso de la vida de cada sociedad, ahí convergen ideas, intereses, sueños y personalidades colectivas, los que se expresan espacialmente. La ciudad, como género, está presente de manera directa o indirecta en todas las grandes contribuciones humanas como la creación filosófica, literaria o religiosa; de manera más explícita también en el arte arquitectónico, urbano y escultórico.

Toda persona lleva consigo durante la vida una ciudad que ha sido esencial en su biografía, en ocasiones no es una ciudad unitaria sino compuesta por retazos de muchos lugares que se han ido aferrando al alma como parte imprescindible de la existencia individual. Por ejemplo, no se puede entender la obra de Platón sin Atenas, de James Joyce sin

Dublín, de Virginia Woolf sin Londres, de Víctor Hugo sin París, de García Márquez sin Aracataca, de Borges sin Buenos Aires, de Silvio Rodríguez sin La Habana, de Carlos Fuentes sin la Ciudad de México o de Elmer Mendoza sin Culiacán. Las ciudades nos forman, y en ocasiones nos deforman. En nuestra imaginación las embellecemos, ennoblecemos, idealizamos; en nuestra cotidianidad las sufrimos, destruimos, construimos o transformamos. Vivimos en ellas y ellas viven en nosotros.

Recuerdo algunos pasajes literarios de escritores latinoamericanos que nos descubren esa esencia casi mágica de algunos lugares de vida, reales o imaginados, que con frecuencia son tan cercanos que se vuelve difícil o innecesario catalogar. "Macondo" es la ciudad más conocida surgida de la magia poética de García Márquez, escenario principal de *Cien años de soledad*, cuyo origen es descrito así: "Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construida a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos".

Las mejores páginas de Jorge Luis Borges están dedicadas a Buenos Aires, con fragmentos tan memorables como el siguiente: "Mi patria -Buenos Aires- no es el dilatado mito geográfico que esas dos palabras señalan; es mi casa, los barrios amigables, y juntamente con esas calles y retiros, que son querida devoción de mi tiempo, lo que en ellas supe de amor, de pena y de dudas".

De México, recordamos el pueblo escenario de la prodigiosa novela *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo:

"- ¿Cómo dice usted que se llama el pueblo que se ve allá abajo?
- Comala, señor.

- ¿Está seguro de que ya es Comala?
- Seguro, señor.
- ¿Y por qué se ve esto tan triste?
- Son los tiempos..."

Este poblado, donde nunca sabemos con certeza si estamos escuchando las voces y los susurros de vivos o muertos, lo refiere el cantautor español Joaquín Sabina en una bella canción, en un enigmático y provocativo verso: "En Comala comprendí que al lugar donde has sido feliz no debieras tratar de volver".

En fin, pudiera seguir evocando ciudades reales o imaginadas producto de la creación artística, pero considero que estos fragmentos por ahora sustentan mi convicción de la presencia constante de las ciudades en el sentir, pensar y actuar de casi todas las personas.

¿Por qué es importante referirnos al origen de una ciudad? Puede haber diversas respuestas a esta pregunta, pero ahora solo me interesa compartir la certidumbre de que solo perduran en la vida y la memoria las personas que tienen alegría de su origen, quien percibe su nacimiento como algo bueno y grato. Lo mismo que las perso-





nas, las ciudades más sanas y pujantes son las que mantienen los registros de los avatares de su historia, con sus etapas lumínicas y lóbregas, sus limitaciones y potencialidades, sus grandezas y miserias.

La historia de una ciudad puede ser tan fascinante o más que la de una persona. Las ciudades también tienen biografía y personalidad, portan cicatrices, interiorizan traumas, resisten contra las tendencias destructoras que las asedian, envejecen, mueren. Algunas pocas incluso resucitan. Quien sabe interpretar los signos y las señales de una ciudad puede también entender sus mensajes, asombrarse de sus historias, sonrojarse con los secretos que le descubre y tomar previsiones partiendo de las advertencias recibidas.

Una ciudad no es un acontecimiento exclusivamente material, sino también emocional, cultural, social, religioso, amoroso. Ella es un producto humano muy complejo. La memoria histórica de una sociedad está siempre ligada a sus espacios y la identidad comunitaria fincada sobre los lugares compartidos y los disputados, y lo que estos significan para sus habitantes. Perder la arquitectura, la cultura ma-

terial, los símbolos tangibles es atentar contra esa memoria histórica y su respectiva identidad colectiva, que son la esencia del alma de un pueblo.

Toda creación humana tiene una dimensión simbólica, y las creaciones complejas, como las ciudades, suelen tener una simbolización también con alto potencial de comunicación connotativa, lo que exige esfuerzo y paciencia para descifrar sus mensajes.

El significado etimológico de símbolo es "lo que une", por ello toda ciudad tiene una dimensión simbólica pues en ellas confluyen experiencias, recuerdos, intereses e historias que unen a sus habitantes entre sí, y a ellos con sus espacios y monumentos. En la medida que los habitantes de una ciudad entendamos mejor sus símbolos, más ligados nos sentiremos a ella, y tal vez también más encariñados, comprometidos y dispuestos a preservarla ante las acciones u omisiones que atenten contra ella y su patrimonio. Partiendo de estas reflexiones un tanto sueltas y aleatorias, me referiré a continuación a Culiacán, la "Perla del Humaya", ciudad de contrastes, paradojas, encantos y desencantos.

Culiacán antiguo: el patrimonio se va gestando en un lento proceso

La capital sinaloense fue fundada en 1531 como Villa de San Miguel por el conquistador Nuño Beltrán de Guzmán, siendo por ello más antigua que varias de las ciudades más icónicas de Latinoamérica como Lima, Buenos Aires, Bogotá, Santiago de Chile, Río de Janeiro o Caracas. La categoría de ciudad le fue otorgada hasta 1823, y el de "heroica" en el 2016. Es probable que su nombre proceda del vocablo náhuatl *colhuacan*, nombre de un dios regional. Fue la primera villa del noroeste mexicano. Su primer núcleo poblacional se estableció a orillas del río San Lorenzo, pero fue reubicado a distintos lugares hasta que finalmente encontró su asiento definitivo en la confluencia de los ríos Humaya y Tamazula. Por ello he afirmado en otro espacio que si para Heródoto "Egipto fue el regalo del Nilo", Culiacán lo fue también de sus tres ríos. Desde sus orígenes, los ríos, especialmente el Tamazula, fueron determinantes para el surgimiento de Culiacán y su organización y desorganización espacial. Los ríos, junto al intenso calor veraniego y las características topográficas fueron los factores más determinantes para el surgimiento de las características urbanas y arquitectónicas más relevantes de su conformación espacial.

Para entender mejor a Culiacán en su patrimonio cultural y artístico, voy a compartir una semblanza de algunas de sus obras arquitectónicas y urbanas antiguas más emblemáticas, con la intención de que sea un aporte, aunque sea modesto, para que sigamos provocando interés por esos hechos materiales que aún nos dan identidad y sentido de pertenencia.

La organización espacial de la villa

de San Miguel estuvo determinada por las disposiciones urbanísticas de la época, el llamado trazo ortogonal o de damero, teniendo como elemento central de composición y crecimiento la plaza Mayor, que emergió en un espacio abierto ya existente desde antes de la conquista.

El crecimiento de la villa fue lento durante al menos los primeros tres siglos, y no fue sino hasta el establecimiento del Porfiriato que experimentó sensible celeridad. Previo al Porfiriato, la villa de San Miguel, ya con el rango de ciudad, era apenas un modesto sitio emplazado a pocos metros del río Tamazula, con un estilo de vida más cercano a lo rural que a lo citadino, donde se levantaban alrededor de una decena de edificios sólidos. El emplazamiento se erigía sobre unas ocho calles más o menos paralelas al río y algunos callejones cruzándolas transversalmente. Donde hoy se localiza la plaza Álvaro Obregón fue desde tiempo arcaico el corazón de la ciudad, siendo sólo un modesto espacio casi vacío que fue recibiendo sucesivamente diversos nombres como plaza Principal, de Armas, Alameda y de la Constitución. En torno a esta plaza se fueron desplantando los edificios más emblemáticos de la localidad como la Catedral, la Lonja, el Ayuntamiento, las casas consistoriales, las viviendas de algunas familias ricas. Este espacio siempre fue, hasta mediados del siglo XX, el centro regulador del crecimiento de la ciudad y su principal lugar de referencia.

Hacia la mitad del siglo XIX, dos personajes coincidieron y se convirtieron en decididos impulsores de la transformación arquitectónica de la ciudad: el obispo Lázaro de la Garza y Ballesteros y el gobernador Rafael de la Vega. Bajo el impulso y dirección

del obispo fueron surgiendo edificios eclesiásticos como la misma Catedral, el Seminario Conciliar y Tridentino de Sonora y Sinaloa (edificio que hoy alberga al H. Ayuntamiento), el Obispado (ya demolido) y el panteón San Juan Nepomuceno.

Estos edificios de la iglesia se sumaron a otros previos o paralelos en su construcción para constituir una imagen urbana cada vez más sólida y bella. Entre estas construcciones vale la pena recordar a la Lonja (hoy seccionada en varios locales con diversos usos), la Tercena (hoy sede del Archivo Histórico General del Estado de Sinaloa), la Casa de Moneda (hoy sede de Correos de México), la casa que habría de fungir por muchos años como Palacio Municipal (hoy MASIN) y, fuera del perímetro urbano, la fábrica de telas y mantas Vega Hermanos, que se transformaría en la fábrica El Coloso de Rodas, y en cuya cercanía también se erigiría el ingenio La Aurora.

Estos fueron algunos de los edificios más prominentes de la espacialidad de Culiacán construidos previo al Porfiriato. Nuestra ciudad contaba hacia la mitad del siglo XIX con una cultura edilicia significativa, tal vez modesta si la comparamos con otras ciudades mexicanas de esa época, pero con una imagen urbana en proceso de consolidación, con edificios de buena manufactura, un centro bien definido en torno al binomio Catedral-plaza de Armas, el cual estuvo enmarcado por bellos portales que durante varias décadas fueron una marca de identidad de la imagen urbana culiacanense.

En la actualidad, varios de estos edificios siguen siendo importantes como referencias culturales y patrimonio artístico e histórico de nuestra ciudad. También cumplen la función de dar a los y las habitantes de la ciudad una conexión emocional y tangible con nuestro pasado al ser ellos testimonios de otras épocas de nuestra historia, vestigios que nos permiten aún imaginarla y quererla y así

apropiarnos de ella, integrarla a nuestros afectos profundos.

Cada uno de estos edificios tiene su propia historia, y entre ellos establecieron relaciones, gestaron un espacio urbano y emocional muy significativo para muchos de sus habitantes contemporáneos. La Catedral vino a sustituir a una antigua iglesia de los tiempos de la Colonia dedicada al Señor San José. Su construcción fue tarea promovida por tres obispos, iniciándola Lázaro de la Garza y Ballesteros, en 1842, continuándola Pedro Loza y Pardavé, en 1855, concluyéndola José de Jesús María Uriarte y Pérez, en 1885, ya en la época porfirista. Cinco años después, en 1890, la antigua iglesia, que había quedado casi como un anexo incómodo, fue demolida. Hoy el nombre oficial de este templo es Catedral Basílica de Nuestra Señora del Rosario.

En 1839 se inició la construcción del Seminario Tridentino Conciliar de Sonora y Sinaloa, el cual fue concluido en 1842. Aquí se daba formación a los aspirantes al sacerdocio, aunque no era exclusivo para estos fines educativos. Para la consolidación de este edificio, así como para los programas formativos que ofrecía, también el impulso del obispo Lázaro de la Garza fue fundamental. Actualmente el edificio, que ha sufrido diversas transformaciones y cambios de uso con el paso de las décadas, alberga al H. Ayuntamiento Municipal.

El edificio donde en la actualidad opera el Museo de Arte de Sinaloa (MASIN) fue construido en 1837. En sus inicios fue casa consistorial, después residencia oficial y palacio de los poderes estatales. Su patio central se utilizó en ocasiones para representaciones artísticas. También fue el escenario de un hecho histórico rele-



vante: en él se juró por las autoridades correspondientes la Constitución de 1857. En 1890 fue remodelado por el arquitecto Luis F. Molina para adaptarlo como palacio municipal. Cerca de nuestra época, durante algunos años a partir de 1980 fue utilizado como sede de la policía municipal. En 1990 fue restaurado para dar cabida al MASIN, que inició sus funciones en 1991.

También relevante por varios motivos fue el edificio conocido como la Tercena, quizá el más antiguo de Culiacán. Su nombre se debe a su función original de ser el local administrativo de los estancos de licores, tabaco y naipes en el gobierno colonial. Por esta circunstancia la calle de su ubicación se denominó de la Tercena, cambiando posteriormente por el de calle Real y finalmente a Antonio Rosales. Es posible que esta añeja construcción, originalmente de adobe y de una sola planta, que ha cambiado varias veces de uso, date de alrededor de 1700, siendo una de las más antiguas de la ciudad. En diferentes épocas fungió también como palacio municipal, palacio de gobierno y Procuraduría General de Justicia del

Estado de Sinaloa. En la actualidad alberga al Archivo Histórico General del Estado de Sinaloa.

Culiacán tuvo una Casa de Moneda desde mediados del siglo XIX, una de las tres que había en todo México en ese tiempo. Su construcción inició el año de 1844, y para 1846 ya estaba operando. En ella se convertían en monedas el oro y la plata que se traía a lomo de mula desde las minas de la sierra. Fue un edificio de dos plantas con patio central enmarcado por portales. El material principal de construcción fue la mampostería. Su fachada se localizaba hacia la calle de la Tercena. En la actualidad, es un edificio transformado pero que conserva las dimensiones originales, y donde se localiza la sede de Correos de México.

En la actual calle Zaragoza, anteriormente conocida como del Pescado o de la Sirena, en una de las esquinas donde hoy se emplaza el ISIC, se localizó durante mucho tiempo el Mesón de San Carlos, que de algún modo puede considerarse uno de los más antiguos hoteles o posadas de Culiacán. Al mesón llegaban, entre

otros viajeros, los mineros que con sus recuas de mulas traían el oro y la plata de la sierra destinados a la Casa de Moneda. En su larga historia, este local tuvo diversas funciones, incluyendo la de ser la sede del Colegio Guadalupano y del Colegio Civil Rosales, antecedente de la UAS. Después de muchos años de indolencia, el viejo edificio se convirtió en ruinas inhabitables hasta que fue derrumbado para construir un nuevo edificio, que alberga el Centro Sinaloa de las Artes Centenario.

En el Culiacán del siglo XIX había un sector de la población que gustaba de las artes escénicas y buscaba espacios que le permitiera montar algún espectáculo, aunque fuera de modesta envergadura. Las crónicas de la época refieren que en ocasiones se organizaban algunos espectáculos artísticos en el patio del palacio municipal (hoy MASIN). También existió durante años, ya en la época de transición del siglo XIX al XX, un teatrillo de modesta manufactura que estuvo ubicado en lo que hoy es un estacionamiento aledaño a la Universidad Casa Blanca, por la calle Ruperto L. Paliza. Parece que el público asistente se sentaba en barracones de madera, como en los circos y galleras. Llevaba este teatro el nombre de la soprano de fama internacional Ángela Peralta, fallecida en Mazatlán el año de 1883 víctima de una infección de fiebre amarilla. Los culiacanenses, practicando su proverbial humor, preferían llamar a este teatrillo "Ángela Petates" o "Ángela Peralta".

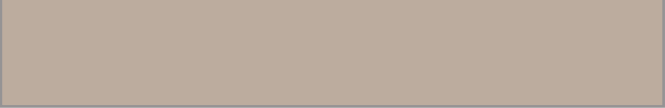
Debido a que la gente que gusta de divertirse también se muere, fue necesario dotar a la ciudad de lugares donde los muertos no fueran un problema para los vivos, al menos desde el punto de vista urbano e higiénico. Parece que

el cementerio reconocido más antiguo se localizaba en las cercanías de la antigua iglesia del Señor San José, en las proximidades del actual atrio de Catedral. Allí estuvo alrededor de 300 años, hasta 1831, siendo administrado por la iglesia. En él fueron sepultados con preferencia los religiosos, aunque también algunos miembros de las clases adineradas de la entidad, ya que ese lugar para el reposo eterno era tan caro que no muchos podían pagar por ese privilegio.

Hubo otro cementerio más al sur, por el camino que llegaría a ser la avenida Álvaro Obregón, aproximadamente en el cruce con la actual calle Aguilar Barraza. Aquí eran sepultados los difuntos que en vida fueron también menos favorecidos respecto a los bienes terrenales y no podían pagarse el lujo de descansar a la sombra de la Catedral.

Desde 1844, el obispo Lázaro de la Garza había estado promoviendo la construcción de un cementerio adecuado en tamaño y localización, hasta que concretizó su esfuerzo con el panteón San Juan Nepomuceno, ubicado hacia el oriente de la ciudad, en la zona posterior del Seminario.

Un edificio emblemático del siglo XIX que se localizaba en la periferia de la ciudad fue la fábrica La Aurora, que había sido fundada en 1876 por el senador Joaquín Redo y Balmaceda. También existió una fábrica de hilados y tejidos llamada Vega Hermanos, la cual pocos años después, en 1864, cambió de nombre por el de Coloso de Rodas. La fábrica era una azucarrera muy importante para el desarrollo económico de la ciudad, en torno a la cual se generó un asentamiento importante compuesto principalmente por los trabajadores de la fábrica y sus familias. Lo único que queda de



ella es el pitón de la chimenea y el nombre del sector que lo alberga: el Coloso.

Muy relacionado con este elemento industrial de la ciudad se encontraba un acueducto, símbolo de la modernidad tecnológica decimonónica, fundamental para llevar el agua necesaria a las operaciones de estas fábricas, así como a las grandes quintas de la familia de Don Joaquín, que portaban los nombres “La Primavera”, “La Zaragoza” y “El Barrio”, y que hasta hoy dan el nombre a ese sector de la ciudad: Las Quintas. Hoy todavía podemos observar los vestigios de este acueducto, el cual se localiza sobre la avenida Xicoténcatl, en Las Quintas.

Culiacán porfirista: una modernizante transición del siglo XIX al XX

Los efectos de la consolidación del Porfiriato en el país y en Sinaloa fueron múltiples. En Culiacán, y para el tema que aquí me interesa, destaco que las áreas de la arquitectura, imagen urbana y reorganización espacial fueron sensiblemente afectadas, en general para bien. Sobre todo a partir de la última década del siglo XIX, bajo la guía del arquitecto Luis F. Molina y el impulso de la élite en el poder, la ciudad fue viendo el surgimiento de diversos edificios y la ejecución de cambios generales en su estructura urbana, que bien podría considerarse un aporte trascendental para la cultura material y artística de la capital sinaloense.

Tal vez la obra más emblemática y representativa de esta época haya sido el teatro Apolo, el cual fue diseñado y construido por el arquitecto Molina, siendo inaugurado en 1894, tras varios años de esfuerzo de mucha gente. En su tiempo fue considerado uno de los más bellos del país. El Apo-

lo fue durante décadas el centro de la vida cultural y social de Culiacán, una joya arquitectónica y un referente visual de primer orden, orgullo regional. Después de una historia gloriosa que abarcó algunas décadas, poco a poco fue entrando en decadencia, siendo finalmente comprado por la familia Clouthier y demolido en 1948.

Donde se erigió la plazuela Antonio Rosales había sido durante mucho tiempo un espacio abierto ubicado en la periferia de la ciudad. Según crónicas antiguas, en algún momento del siglo XVIII había recibido una gran cruz de madera en el centro, la cual fue conocida como la Cruz del Perdón, pues junto a ella se les permitía a los destinados a la pena capital realizar un último rezo y ponerse a cuentas con el Creador. Otras versiones afirman que quien se abrazaba a ella recibía el indulto.

El entorno de esta plaza poco a poco se fue poblando y transformando con diversas construcciones, la mayoría de modesta factura. La plaza misma fue definiendo su perfil y adquiriendo componentes que la acercaban a la forma y función de una plazuela citadina tradicional, ya que se le sembraron árboles y plantas, se le dotó de bancas, se demarcaron modestos andadores, entre otros aportes. Durante el Porfiriato, el gobernador Francisco Cañedo y otros miembros de la élite encargaron al arquitecto Molina embellecer este sector y construirles sus nuevas residencias familiares. Empezaron a surgir en torno a la plaza obras de buena calidad y tamaño para su época como la que es hoy la planta baja del edificio central de la UAS, originalmente diseñada como casa para el gobernador y su familia; un parque Municipal y unos viveros donde hoy se localizan una escuela primaria y el Estadio Universitario; también los

edificios que en la actualidad albergan la galería Frida Kahlo, la Casa de la Cultura, el Instituto Sinaloense de la Juventud y el Centro de Idiomas de la UAS, entre otros.

A unos metros de la plazuela Rosales, la elite porfirista impulsó la construcción de la Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, mejor conocido como el Santuario, para tener también su espacio religioso exclusivo. Este templo, diseñado por el arquitecto Molina, se inauguró en 1908, pero los trabajos continuaron hasta 1910 pues habían quedado pendientes importantes componentes como la torre o campanario. Durante la revolución sirvió como refugio de las tropas porfiristas que defendieron la ciudad. Fue tomado por los revolucionarios después de intensas refriegas bélicas, algunas de cuyas huellas aún se pueden ver en los muros exteriores.

Otro edificio emblemático, símbolo de una época y toda la ciudad, es sin duda el mercado Gustavo Garmendia. Fue construido en 1914 por el arquitecto Crisóforo Avendaño y el ingeniero Eliseo Leyzaola, basados en un proyecto del arquitecto Molina. Previamente funcionó en el mismo lugar una especie de mercado al aire libre conocido como el Parián, descrito por fuentes de la época como nauseabundo, sucio y con frecuencia inundado. La primera piedra del Garmendia se puso el 16 de septiembre de 1910, aunque habrían de pasar todavía seis años más para que se concluyera y entrara en funciones. En su forma y contexto original es también de los más bellos edificios de la ciudad.

A principios del siglo XX, concretamente en 1902, se erigió la Escuela Modelo "Benito Juárez", diseñada y construida por el arquitecto Molina. En la actualidad mantiene casi intacto



ta su forma original exterior y alberga la Universidad Casa Blanca. Es representativa de una arquitectura sobria, característica del estilo neoclásico de la época, que lleva la "firma" de su autor.

Dos obras de infraestructura urbana que merecen destacarse por su importancia para el funcionamiento antiguo y moderno de Culiacán, así como por su valor patrimonial y su contribución a la identidad cultural e histórica son el Puente Negro y el puente Cañedo (hoy Miguel Hidalgo). El primero es testigo y vestigio del finisecular XIX, cuando México se encuentra en plena etapa de modernización y expansión comercial, y las redes ferroviarias eran una obsesión para el régimen porfirista. Dos líneas férreas ligaron a Culiacán con otras regiones. La principal fue la del Sud Pacífico, que unía el sur de los Estados Unidos con el centro del país, con recorrido longitudinal necesario por Sinaloa. El Puente Negro fue elemento imprescindible de esta ruta en su paso por Culiacán. El puente no sólo cumplía funciones de comunicación superando la barrera natural del río, sino también sociales ya que en su base se realizaban actividades de esparcimiento y convivencia. Aunada a su función práctica, el puente remarcó desde su origen en el año 1908 y hasta la actualidad la imagen urbana de Culiacán y, quizá de manera más perenne, el mapa mental y emocional de los y las culiacanenses que lo tenemos como un hito indeleble de nuestra vida y relación con la ciudad.

La otra línea ferroviaria fue más modesta pero igualmente querida y merecedora de la misma alta consideración y simpatía. Se trata de la ruta que unía a Culiacán con el puerto de Altata, cuyos trabajos se iniciaron en 1881, y una vez terminados era recorrida por el famoso Tacuarinero, pintoresco tren impulsado por una máquina de leña, descrita por un usuario

como "descuacharrangada y gritona", y vagones donde la gente se sentaba en "cajones colorados" o en el piso, quienes durante el viaje podían disfrutar de los memorables tacuarines regionales. De este tesoro aún nos quedan la vía, la máquina principal y docenas de anécdotas pintorescas y divertidas.

Respecto al puente Cañedo, llamado en la actualidad Miguel Hidalgo, que une el centro de Culiacán con barrios como Tierra Blanca, Gabriel Leyva y 6 de Enero, se registra el 5 de mayo de 1890 como el de la colocación de la primera piedra. La obra, proyectada originalmente de mampostería, como se aprecia todavía en su extremo sur, tuvo un inicio prometedor, bajo la dirección del arquitecto Molina, pero luego se detuvo varios años sin que estén claras las razones de ello. La conclusión de la obra, muy posterior a su inicio, estuvo a cargo del ingeniero George Stranahan, diseñador también del Puente Negro, el año de 1907. La ribera del Tamazula en las cercanías de este puente fue durante las primeras décadas del siglo XX un lugar de esparcimiento, paseo y encuentros festivos para la población de Culiacán.

Inconclusa conclusión

Esta parcial cartografía de la ciudad de Culiacán nos permite cerciorarnos de que habitamos un espacio privilegiado por su historia, riqueza patrimonial, identidad social y calidad humana de sus habitantes. En torno a estos lugares y edificios mencionados, y otros que no pudieron ser incluidos, se conformaron y confrontaron dramas humanos, sueños, controversias, ideales políticos y estéticos, así como también surgieron anécdotas, mitos y leyendas. Con el paso del tiempo la mayoría de estos edificios y lugares han sido derrumbados o transfor-

■ El mercado Gustavo Garmendia fue construido en **1914** por el arquitecto Crisóforo Avendaño y el ingeniero Eliseo Leyzaola, basados en un proyecto del arquitecto Molina.

■ A principios del siglo XX, concretamente en **1902**, se erigió la Escuela Modelo "Benito Juárez", diseñada y construida por el arquitecto Molina.

mados, pero esas ausencias y esas modificaciones siguen testificando de procesos históricos que es necesario conocer y apreciar en el presente en búsqueda de referencias que nos permitan conocernos mejor hoy y proyectarnos con esperanza al futuro. Lo que queda, lo que permanece, lo que se resiste a desaparecer es lo que permite a una población conservar su memoria, lo que evita que se vuelva amnésica, indiferente e indolente, lo cual sería trágico, porque una sociedad con estas características, sin memoria de su pasado, es también una sociedad sin rumbo ni futuro.

Ante el huracán de la modernización, que entre otros efectos barre con la memoria de los pueblos y sus marcas de identidad, las cuales están ancladas en sus espacios relevantes y significativos, es necesario defendernos a través de una pedagogía de la creatividad, el respeto y el cariño, en primer lugar hacia las personas, pero consecuentemente hacia los elementos que nos dan arraigo, identidad y sentido de pertenencia. Los espacios y los edificios son, sin duda, fundamentales para posibilitar y potencializar esta pedagogía de la esperanza.

Bibliografía sugerida para profundizar en el tema:

Berrelleza Fonseca, Marco Antonio (2010), *Culiacán. Crónica de una ciudad: 1878-1912*, Tomo II, México, Instituto La Crónica de Culiacán.

Chiquete, Daniel (2020), *Espacio, sociedad e historia en el Culiacán porfirista (1877-1911)*. Una visión multifactorial de tres décadas de evolución, Culiacán, México, Creativos 7 Editorial, 2ª edición.

Culiacán (2007). Colección Miguel Tamayo. Gobierno de la República, Gobierno del Estado de Sinaloa, H. Ayuntamiento de Culiacán.

Llanes Gutiérrez, René (2012), *La transformación de las estructuras espaciales del área central de Culiacán durante el siglo XIX*, Tesis de Doctorado en Diseño, Paisaje y Ciudad, Guadalajara, Universidad de Guadalajara. Llanes Gutiérrez, René (2002), Luis F. Molina: *El arquitecto de la ciudad*, Culiacán, México, COBAES, Instituto La Crónica de Culiacán.

López Sánchez, Sergio (2000), *El teatro Apolo de Culiacán. Donde mueren las palabras*, México, DIFOCUR, FOECA.

Sandoval Bojórquez, Martín (2002), *Luis F. Molina y la arquitectura porfirista en la ciudad de Culiacán*, Culiacán, México, DIFOCUR, H. Ayuntamiento de Culiacán, La Crónica de Culiacán.

Uzárraga Acosta, Sergio (2013), *Un rostro de la modernidad y el progreso en Culiacán*, Sinaloa, México, s/e.

Un santo no reconocido: Malverde

La historia es émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir”.

Miguel de Cervantes

Fabiola Guadalupe Gaxiola López

¿Cómo nace la imagen de Jesús Malverde?

Para poder adentrarnos en el tema es necesario formar un argumento que sustente la premisa de la imagen de Malverde, a través de la obra de los creadores artísticos. Dada la manera en que se ha creado la imagen en esta se observa un hiperrealismo en el que lo popular y lo posmoderno está presente para poder entrar en lo kitsch.

Jesús Malverde es reconocido popularmente como un santo aunque la Iglesia católica no lo reconoce como tal y por tanto descalifica su culto. Además, no existen datos concretos sobre su existencia y mucho menos de los supuestos favores y milagros que realiza. Y es precisamente este tema con el que inicia la obra *El jinete de la Divina Providencia* de Óscar Liera:

Pues bien: la Iglesia, como institución, está en el mismo caso. Yo le pediría que no tratara de institucionalizar a Malverde, es un santón y un héroe del pueblo, no traten de arrebatárselo de las manos, la realidad es que está allí, la gente lo quiere, le tiene fe y lo más maravilloso es que (muestra las radiografías) hace milagros.

Padre Jaime: La Iglesia necesita datos más concretos, verosímiles. Me choca la palabra, pero sería científicos, por llamarlos de algún modo.

Víctor: (con la mirada perdida.) No sé, la gente quizá imagine cosas y se las crea, las inventa; en el mundo hay más fantasía que cosas reales; creemos y no creemos; no creemos, pero sí creemos. Todo es tan cierto, tan falso, tan frágil. El mundo, quien sabe, el hombre... (Su voz se ha ido apagando)... también aquí llegan a mezclarse el mundo exterior y el interior por un momento, porque sobre las últimas palabras de Víctor vuelve a oírse la canción de la procesión: “Óyeme virgen María, ábreme tu corazón, líbrame de los pecados, y dame tu bendición...”¹

Padre Javier: No es tan fácil, esto nos llevaría años y años investigando; hasta el momento ni siquiera puedo precisar si Malverde existió o es un producto de las circunstancias sociales.

1 Armando Partida Tayzan (2008), *Teatro escogido*, México, FCE, Dirección de Fomento a la Cultura Regional, p. 391.

El sustento del tema

Para poder adentrarnos en el tema es necesario formar un argumento que sustente la premisa de la imagen de Malverde, a través de la obra de los creadores artísticos

Martha: Pues sí, cómo no; Malverde; yo siempre que puedo hablar de sus milagros lo hago, porque tengo mucho que agradecerle. Yo no lo conocí personalmente, por supuesto, él murió a fines del siglo pasado, pero cuando yo estaba joven conocí a una viejita que me contó la historia; ella era una chamaca cuando lo mataron, me decía incluso que fue al monte a ver su cadáver.

Padre José: Yo creo que en esa época todos eran Malverde

Padre Jaime: ¿Y cómo explicaríamos los milagros?

Padre José: Es que el pueblo, cuando quiere, hace milagros.²

Entonces ¿Cómo nace la imagen de Jesús Malverde? Para poder adentrarnos en el tema, es necesario formar un argumento que sustente la premisa de la imagen de Malverde a través de la obra de los creadores artísticos. Dada la manera en que se ha creado la imagen en esta se observa un hiperrealismo, en el que lo popular y lo posmoderno están presentes para poder entrar en lo *kitsch*. Aventurarnos y afirmar que finalmente “*el jinete de la divina providencia*” fue en realidad lo que el imaginario colectivo afirma que fue: un mártir. El culto a Malverde empezó en el lejano año de 1909, como ánima –nunca ha sido considerado santo por los creyentes de las cosas y causas perdidas–, ni como patrono de los narcotraficantes. Las correrías de Malverde se circunscribían a los alrededores de Culiacán, robaba en Bachigualato, en los caminos a Quilá, Mocerito, Tacuichamona, Aguaruto, La Pipima, Navolato y por el barrio de la Vaquita, en la confluencia de los ríos Tamazula y Humaya. Fueron víctimas de él las familias más poderosas de Culiacán, entre ellas los Redo, los Fernández, los Martínez de Castro y los de la Rocha, quienes dicen que cada que tenía el botín en sus manos, galopaba en su caballo y aventaba las monedas a los pobres, por eso lo conocían como *El jinete de la Divina Providencia*.³

Por supuesto que no era sólo su honor mancillado, sino la presión recibida de los burgueses atracados. Una vez que materializaba la consigna huía a la serranía cubriéndose con hojas de plátano, mismas que conseguía de la Culiacán *Irrigation Company*, empresa norteamericana productora de la fruta. Por eso se le conocía como *El Mal Verde* o *El Diablo Verde*, pues salía de lo verde y en lo verde se perdía. Posteriormente se refugiaba en una cueva que se localizaba rumbo a Mocerito.

Imaginemos la situación que se vivía en esos años, el poco desarrollo que gozaba la ciencia, principalmente la medicina. En ese contexto, Malverde enferma de gravedad, y una vez refugiado, es delatado por uno de sus ayudantes,

² *Ibíd.*, pp. 397-398.

³ Es el mismo nombre con el que Óscar Liera tituló su obra literaria.

mandando llamar a su compadre para que fuera éste quien lo entregara a la policía rural (la Acordada), antes de que llegaran por él y de esta forma cobrar la recompensa ofrecida por el gobernador Cañedo, para luego repartirla entre los más necesitados. Una vez en manos del gobierno, Jesús Malverde es torturado y expuesto públicamente para escarnio de nuevos redentores que desearan continuar con la función social que ejerció *el Diablo Verde*. Ya sin vida, fue colgado en un mezquite a las afueras de Culiacán, en el antiguo camino a Navolato, en los arrabales de la ciudad, cerca del Ferrocarril Pacífico. Aún después de muerto siguió ligado a un barrio humilde, la colonia Adolfo Ruiz Cortínez.

Una ocasión en que un hombre pasaba frente a sus restos, quien supo de sus bondades en vida, extravió una de sus mulas que dejó pastando y en la desesperación pidió a Malverde para que le ayudara a recuperar su animal: ¡Tú que en vida me ayudaste, ayúdame a encontrar mis mulas! A los pocos minutos apareció la bestia. Fue entonces que el hombre agradecido, decidió bajar los despojos y darle sepultura como lo hacían los antiguos mayos, quienes habitaron el norte de Sinaloa, colocando tres piedras alrededor de él. Desde entonces cada piedra arrojada a su tumba era en agradecimiento a un milagro concedido. Ya en la capilla, también se colocaban flores, veladoras, coronas, papel colorido, sin faltar los cantos, los bailes y la música.

El culto a Malverde no es privativo de unos cuantos, al contrario, es incluyente y acepta la fe de todo aquel que se identifique con su causa: ayudar al que se encuentra en desgracia. La admirable labor del Capellán (desde 1970) Eligio González León, y aho-

ra de su hijo, ha sido determinante en la difusión del culto a Malverde, pues siguió cumpliendo con la función social que desempeñó en vida.

Todos ellos siguen difundiendo el culto a Malverde por la benevolencia de Eligio, no por el tráfico de estupefacientes. Detrás de su capilla hay una fuerte labor social de Eligio González León y de su hijo. Malverde es la contraparte del autoritarismo, es el representante de la clase oprimida que, cansada de morir de hambre, se revela, identificándose con el sufrimiento popular.⁴

Una aproximación desde la Historia y las ciencias sociales.

Pero antes creemos necesario dialogar con la historia y con el contexto para poder entender y problematizar el origen de este santo milagroso. En la literatura de las ciencias sociales, el estudio de las formas simbólicas se ha conducido generalmente bajo la rúbrica del concepto de cultura. La vida social no es sólo una cuestión de objetos e incidentes que se presentan como hechos en el mundo natural: también es una cuestión de acciones y expresiones significativas, de enunciados, símbolos, textos y artefactos de diversos tipos, y de sujetos que se expresan por medio de éstos y buscan comprenderse a sí mismos y a los demás mediante la interpretación de las expresiones que producen y reciben. En su sentido más amplio, la reflexión sobre los fenómenos culturales es interpretada como el estudio del mundo sociohistórico en tanto campo significativo. Se puede llegar a una her-

4 L. Omar Montoya Arias y Juan Antonio Fernández Velásquez (2009), "El narcocorrido en México", en *Cultura y Droga*, Año 14, Núm. 16, enero-diciembre, Departamento de Sociología y Antropología, Universidad de Caldas, Colombia, pp. 216-218.



Dilthey afirmaba que cada persona interpreta su realidad de acuerdo a diversas visiones del mundo, una especie de cosmovisión individual.

menéutica, en el sentido de cómo el estudio de las maneras en que individuos situados en el mundo sociohistórico producen, construyen y reciben expresiones significativas de diversos tipos.

Para Burckhardt, el inconsciente se hace presente a través de las obras de arte a lo largo de la historia, ya que concede una importancia primordial al individuo en la conformación de los hechos históricos y artísticos, no solo la biografía, sino la formación de quienes rodeaban al individuo; es decir, el individuo contextuado. Por otro lado, pero bajo la misma premisa, Dilthey afirmaba que cada persona interpreta su realidad de acuerdo a diversas visiones del mundo, una especie de cosmovisión individual.⁵ Es por eso que el ambiente y lo que rodea a cada persona es sumamente importante, pero en este caso cada creador visual es único, pues diversos factores serán profundas influencias que marcarán su vida y obra. Referente a esto

⁵ Entiéndase con esto marcos referenciales o marcos de interpretación.

Cassirer afirma:

"El lenguaje, el mito, el arte, la religión y la ciencia representan los elementos y las condiciones constitutivas de esta forma superior de sociedad. Son los medios con los cuales las formas de la vida social que advertimos en la naturaleza orgánica se desarrollan en un nuevo estado, el de la conciencia social. La conciencia social del hombre depende de un doble acto, de identificación y de discriminación. El hombre no puede encontrarse a sí mismo, ni percatarse de su individualidad si no es a través del medio de la vida social..."⁶

Si el contexto sociohistórico influye en el devenir humano, entonces las formas simbólicas representan algo, se refieren a algo, dicen algo acerca de algo, por tanto, estamos hablando de una especificidad referencial. Entiéndase con esto que vamos a inter-

⁶ Ernst Cassirer (2007), *Antropología filosófica*, México, pp. 326-327.

pretar la interpretación que ya existe de las obras de Óscar Liera y de María Romero. Dicho esto, Thompson⁷ caracteriza las formas simbólicas en cinco aspectos de la siguiente manera. En primer término, que las formas simbólicas son expresiones de un sujeto y para un sujeto (o sujetos). Es decir, las formas simbólicas son producidas, construidas o empleadas por un sujeto que, al producirlas o emplearlas, persigue ciertos objetivos o propósitos y busca expresar por sí mismo lo que “quiere decir”, o se propone, con y mediante las formas así producidas.

El segundo aspecto es el convencional, refiriéndose a que la producción, la construcción o el empleo de las formas simbólicas, así como su interpretación por parte de los sujetos que las reciben, son procesos que implican típicamente la aplicación de reglas, códigos o convenciones de diversos tipos. Pero se aplican generalmente en un estado práctico; es decir, como esquemas implícitos y presupuestos para generar e interpretar las formas simbólicas.

El tercer aspecto es el estructural, y hace referencia a que las formas simbólicas son construcciones que presentan una estructura articulada. Tales elementos y sus interrelaciones comprenden una estructura que se puede analizar de manera formal en el sentido; por ejemplo, en que se puede analizar la yuxtaposición de palabras e imágenes en un cuadro, o la estructura narrativa de un mito. Podemos distinguir aquí entre la estructura de una forma simbólica, por una parte, y el sistema que es representado en formas simbólicas particulares, por la otra.

La cuarta característica o aspec-

⁷ John B. Thompson (2006), *Ideología y cultura moderna*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, p. 183.

to de las formas simbólicas es el “referencial”, es decir, a que las formas simbólicas son construcciones que típicamente representan algo, se refieren a algo, dicen algo acerca de algo. Esto con el fin de abarcar el sentido general cuando una forma o un elemento simbólico de una forma simbólica puede, en determinado contexto, representar u ocupar el lugar de algún objeto, individuo o situación, así como el sentido más específico donde una expresión lingüística puede, en una aplicación dada, referirse a un objeto particular. Las figuras y las expresiones adquieren su especificidad referencial de diferentes maneras.

La quinta característica de las formas simbólicas se refiere al aspecto “contextual” (las formas simbólicas se insertan siempre en contextos y procesos sociohistóricos específicos en los cuales, y por medio de los cuales se producen y reciben). Formas simbólicas más complejas, tales como los discursos, los textos, los programas de televisión y las obras de arte presuponen en general una serie de instituciones específicas en las cuales, y por medio de las cuales, se producen, transmiten y reciben estas formas.⁸

Con respecto a Malverde es importante mencionar que no se le empezó a rezar ni a pedir favores por el marcado auge del narcotráfico en Sinaloa, sino desde la época del cañedato debido a las injusticias de las autoridades cometidas en contra de los pobladores subyugados en el Porfiriato.

Consideraciones finales

La construcción de la imagen de Malverde entonces ha sufrido transformaciones, en parte derivadas de contextos en que emerge, así como

⁸ *Ibíd.*, pp. 206-216.



de la reformulación de la misma desde el ámbito en que se trata.

Por lo menos desde finales del siglo XIX diversos gobiernos europeos y estadounidenses empezaron a considerar el cultivo, tráfico y consumo de ciertas plantas y algunos de sus componentes y derivados como tema de interés, preocupación e intervención estatal. Problematicado y abordado por ellos de diferentes maneras a través del tiempo, el fenómeno conocerá dos formas dominantes de intervención, resultantes de esquemas de percepción que privilegian ya sea la salud o el aspecto jurídico-policiaco. La idea subyacente es que un cuerpo físico y un cuerpo social sanos son necesarios para el mantenimiento del orden y el logro del bien común. Desde un principio, ambas formas de intervención coexistieron y tuvieron un peso específico muy desequilibrado. En la actualidad, el modelo jurídico- policiaco, desarrollado ampliamente e impuesto por los gobiernos estadounidenses, se ha convertido en el patrón universal a seguir, en algunos casos por convicciones convergentes y en otros por presiones evidentes o eufemizadas, transfiguradas en algunos discursos políticos en constancia del auto convencimien-

to.⁹

Fue el 3 de julio de 1940 cuando se promovió la producción de opio en los Estados Unidos. Se incentivó, entonces, su producción en poblados sinaloenses como Badiraguato y Culiacán, aunque no son los únicos pues en Tierra Caliente, región natural, así como también en los actuales estados de Michoacán y Guerrero se ven involucrados en este acontecimiento histórico de alcances mundiales.

Lo anterior es de suma importancia pues comúnmente se piensa que sólo en Sinaloa se presentó el fenómeno. Sin lugar a dudas es el espacio geográfico-político con más evidencias históricas.¹⁰ Mientras todo esto sucedía, el valle de Culiacán se convertiría en un tiempo relativamente breve en el granero de México. Por lo menos desde la primera mitad de los años setenta, en México y particularmente en el norte y noroeste, el bandido-héroe de otras épocas ha sido desplazado por el traficante-héroe, pero no completamente pues la vía de su presentación mítica, el corrido norteño y la tambora sinaloense, muestra aún huellas de convivencia de ambas categorías, a veces asimiladas o indiferenciadas.¹¹

Actualmente se habla de Jesús Malverde como santo de los narcotraficantes y

9 Luis Astorga (2004), *Mitología del narcotraficante en México*, México, UNAM, Plaza y Valdés, p. 9.

10 Que no se omita el hecho de que, a la par de la Segunda Guerra Mundial, el narcotráfico extendía sus tentáculos por varias regiones del México moderno, sobre todo en aquellas que cumplían con requerimientos naturales para el cultivo de la adormidera y la mariguana. Para 1942, los presidentes Manuel Ávila Camacho y Theodore Roosevelt, de México y Estados Unidos respectivamente, firmaron el convenio que favorecía el cultivo de amapola y la producción de opio en poblados como Badiraguato, Sinaloa. Véase L. Omar Montoya Arias y Juan Antonio Fernández Velázquez, *op. cit.*, p. 209.

11 Luis Astorga, *op. cit.*, pp. 91-92.

la mayoría de los estudios que se realizan en México invariablemente van encaminados en este sentido. Según Fernández y Montoya, la relación que Malverde guarda con los dirigentes de la droga se explica en un momento histórico coyuntural conocido como *Operación Cóndor* en 1975.¹²

Para estos años los pobladores de Culiacán habían dado cuenta de cientos de milagros atribuidos a Jesús Malverde y es lógico pensar que su efectividad influyó en la conversión religiosa de miles de narcotraficantes.¹³ Podríamos situar el inicio del culto a Jesús Malverde en relación a la importancia que tuvo en vida, pero sobre todo después de su muerte.¹⁴

Circunstancias dadas en la historia que corresponden con los milagros

12 L.O. Montoya Arias y J. A. Fernández Velázquez, *op. cit.*, p. 189.

13 *Ibíd.*, p. 215.

14 Malverde vivió en el cañedato (1877-1909), caracterizado por las marcadas desigualdades sociales, cuando el hacendado tenía la facultad de encarcelar o eliminar a sus trabajadores sin previa investigación. Esta realidad la sufrió Jesús Malverde, aunque no fue el único, síntoma de la miseria que vivían millones de mexicanos. En la Ciudad de México *Chucho el Roto* (Jesús Arriaga), en Nuevo León *Caballo Blanco* (Agapito Treviño), Joaquín Murrieta en California, Pancho Villa en Chihuahua, Felipe Bachomo y Heraclio Bernal en Sinaloa; este último lanzó una proclama política contra Porfirio Díaz. Por cierto, Heraclio Bernal murió en 1888, mismo año en que nació Jesús Malverde. Todos ellos se rebelaron contra la tiranía robando a los ricos y repartiendo relativamente su botín a los marginados. Por lo anterior, debemos entender la presencia de Malverde como una consecuencia histórica del cañedato, o como algo común en los típicos relatos que tienen que ver con el sometimiento de los pobres por parte de las clases altas. Estos pobres siempre ven en el asaltante de caminos o en el prófugo de la justicia a un aliado que comete fechorías para ayudar a los de su clase, los desposeídos. Para más información ver: L. O. Montoya Arias y J. A. Fernández Velázquez, *op. cit.*, pp. 207-232.



que se dice ha concedido. Por lo tanto, consideramos como indicios históricos, primero, el registro de su muerte, en 1909, durante finales de la época del cañedato. Segundo, que le fue construida una capilla en los años setentas del siglo XX, próxima al lugar donde se supone murió, en los terrenos del estacionamiento del actual McDonald's cercano al palacio de gobierno.

Realidad o ficción, historia o literatura, Malverde ha pasado al imaginario de los sinaloenses y por lo tanto es fuente de creatividad plástica, por eso, en gran medida el mito creado en torno a Malverde se ha ido construyendo a través de la Historia ya que lo conforman procesos de orden cultural, dentro de un panorama mucho más amplio que incluye a las colectividades inmersas en su propio imaginario.

Fuentes:

Astorga, Luis (2004), *Mitología del narcotráficante en México*, México, UNAM, Plaza y Valdés.

Cassirer, Ernst (2007), *Antropología filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*, México, FCE.

Montoya Arias, L. Omar y Juan Antonio Fernández Velázquez (2009), "El narcocorrido en México", en *Cultura y Droga*, Año 14, Núm. 16, enero-diciembre, Departamento de Sociología y Antropología, Universidad de Caldas, Colombia, pp. 207-232.

Partida Tayzan, Armando (2008), *Teatro escogido*, México, FCE, Dirección de Fomento a la Cultura Regional.

Thompson, John B. (2006), *Ideología y cultura moderna*, México, Universidad Autónoma Metropolitana.

La Carrera de Indias como reflejo de una sociedad marítima novohispana

Enrique Pérez Morales

Introducción

A leer *La Gazeta de México*, trátase del año que se trate, salta a la vista, además de las noticias políticas, religiosas y “curiosas” (que reflejan la actividad cultural de la Nueva España), la abundancia de noticias sobre la llegada de barcos, mercancías y personas a los puertos novohispanos como Acapulco y Veracruz. Esto enseña la importancia que el comercio y las actividades marítimas tenían en la vida cotidiana de los novohispanos. Podemos afirmar sin miedo a incurrir en una falta, que la sociedad hispanoamericana de los siglos XVI al XIX (el periodo que comúnmente llamamos “Virreinal” o “Colonial”) es una sociedad marítima.

¿Cómo mantener una efectiva administración y comunicación entre la España peninsular y la España americana cuando ambas están separadas por miles de kilómetros de mar? Sortear este problema llevó al hombre a entablar una relación con el medio físico y geográfico que se le imponía como barrera.

Así, el mar figuró como un escenario cotidiano para el hombre de aquellos siglos dando como resultado que, en ese contexto, se creara una relación mutua que permitió una diversidad de manifestaciones sociales no sólo en la cuestión económico-comercial, sino también en lo político (la guerra y las efectivas comunicaciones para la administración de un gran territorio), tecnológico (con los constantes avances técnicos en la arquitectura naval y navegación) y cultural (rituales, cosmovisión, imaginería y mitología). De esta manera el objetivo del presente trabajo es hablar un poco de esta historia algo olvidada de esta sociedad marítima.

El galeón en la Carrera de Indias.

Cuando la corona española tomó posesión de los territorios americanos, pronto tuvo que dar solución al problema de las comunicaciones y la administración entre la península y los nuevos territorios. Miles de kilómetros de mar los separaban, no habiendo otra alternativa que aventurarse en aguas desconocidas para proveer a los reinos americanos de todos los enseres necesarios para su subsistencia, pero también, de recibir

Podemos afirmar sin miedo a incurrir en una falta, que la sociedad hispanoamericana de los siglos XVI al XIX (el periodo que comúnmente llamamos “virreinal” o “colonial”) es una sociedad marítima.



todos los productos americanos para la península.

Obviamente, el barco fungió como el artefacto por excelencia para transportar materias y productos necesarios y comunicar ambos territorios. Durante los siglos XVII al XIX el Galeón fue el típico navío utilizado por la corona para este fin. Así pues, a mediados del siglo XVI se creó la Flota de Indias y el Galeón de Manila (la flota que comunicaba a España con Nueva España y Filipinas) así como la Flota de Tierra Firme (que conectaba España con el virreinato de Nueva Granada y Perú). "La Carrera de Indias" fue el nombre de la ruta marítima que ambas flotas navegaban. Ambas flotas salían dos veces por año (en los meses de enero y agosto por ser de menos riesgos climáticos) y las componían un número oscilante de embarcaciones de entre 10 y 50 (esto se debía a la disponibilidad de embarcaciones para hacer el viaje).

El galeón fue la embarcación predilecta para la navegación porque su estructura y tecnología permitía largos viajes, mayor capacidad de transporte y mejores defensas para hacer frente al enemigo. Sin embargo, la construcción de un galeón no era nada fácil ni económico y, en muchas ocasiones, su producción escaseaba a tal punto de poner en peligro la realización de la Carrera de Indias y con ello paralizar la economía y las comunicaciones. Por esta razón la corona española se valió de dos métodos principales para

hacerse de las embarcaciones necesarias: rentarlas y fabricarlas.

La primera opción, la renta por medio de la Real Hacienda y la Avería, tenía como objetivo hacerse de bajeles particulares a cambio de un "suelo" o pago por sus servicios. La Administración investigaba sobre la existencia de galeones aptos para la Carrera y luego "invitaba" al dueño (pues al final se convertía en una obligación para él) a prestar su barco a cambio de un suelo fijo. Esta práctica pronto se demostró ineficiente ya que los dueños de barcos eran renuentes a prestar sus galeones. Las causas de esta actitud eran varias. Arrendar un barco de su propiedad, en la mayoría de los casos, significaba irse a la banca rota. A pesar de que la Administración se comprometía a pagar el arriendo (a un buen galeón para la plata se le pagaba entre 17 a 20 mil ducados por viaje), la informalidad en su cumplimiento era la orden del día. Ya que la economía del Reino era inestable, los pagos de suelo en muchos casos se atrasaban demasiados años e incluso nunca se llevaban a cabo.¹

En caso de accidente o naufra-

¹ Un ejemplo, entre muchos, viene del propietario de barcos Juan Martínez de Arteaga y Gamboa, vecino de Bermeo, quien todavía en 1635 reclamaba el pago de 55,559 reales por el suelo de su galeón *Nuestra Señora de Atalaya* que sirvió como transporte de plata en 1623. AGI, *Indiferente*, 1871; citado en Fernando Serrano Mangas (1992), *Función y evolución del galeón en la Carrera de Indias*, México, MAPFRE, p. 75.

gio, el barco era pérdida total para el dueño y si lograba regresar a salvo de su viaje, el bajel le era entregado en pésimas condiciones (las condiciones normales de deterioro con las que llegaban los galeones después de meses de viaje) teniendo que costear por su cuenta las reparaciones. El sistema de arriendo resultó, al final, dar más pérdidas que ganancias para los propietarios, por lo cual se negaban a prestarlos (muchos dueños optaron por esconder sus navíos en puertos clandestinos para que no les fueran incautados).²

Para la segunda opción, hubo la necesidad de construir astilleros para su fabricación, sobre todo en el territorio vasco-cántabro. Los galeones contruidos aquí eran considerados patrimonio del rey (galeones reales) pues él mismo, echando mano de su hacienda, financiaba tal tarea por medio del sistema de asientos. Los galeones se fabricaban especialmente con madera de roble y pino (por ser maderas muy fuertes y resistentes), además de toneladas de cáñamo, tela y metal para los aparejos. La construcción y costo de un galeón variaba según su tonelaje, pero en general el tiempo rondaba entre los 2 y 5 meses y su costo entre los 20 mil y 30 mil ducados.³

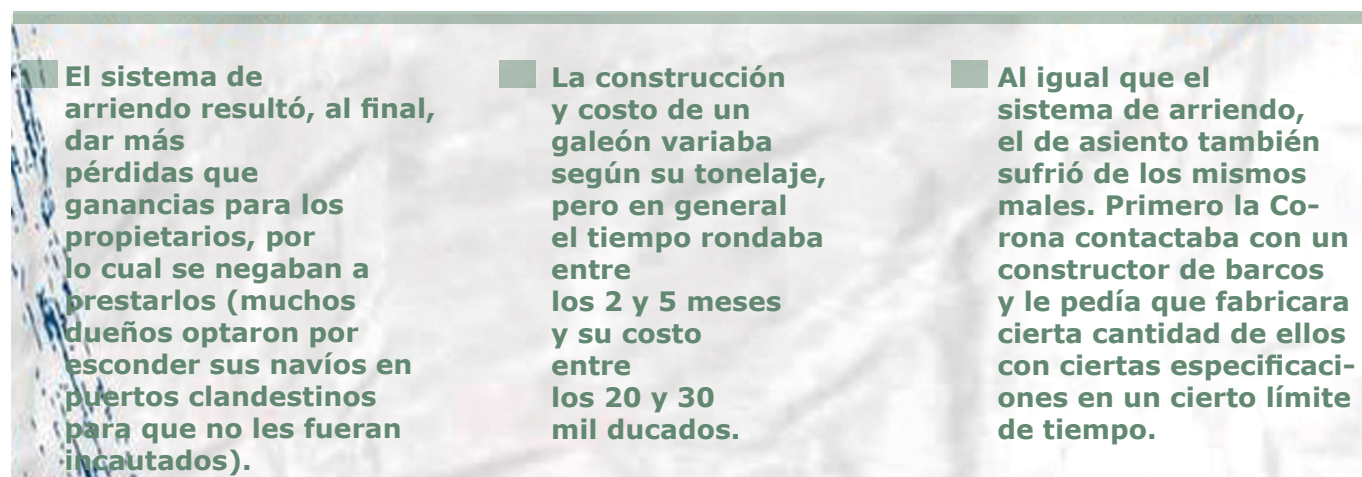
Ese coste sólo para la fabricación, pues faltaba sumarle los costos del ar-

mamento (entre 30 y 50 cañones de hierro fundido y diferentes calibres), pólvora y municiones; el pago de capitanes y pilotos así como el de soldados y marinos (entre 100 y 300 hombres según el tonelaje del galeón) y los pertrechos y avituallamientos necesarios para la travesía y manutención de la tripulación. En general, el costo de un galeón listo para la Carrera de Indias oscilaba entre los 25 mil y 35 mil ducados, una suma muy considerable pero una inversión vital para mantener las comunicaciones entre los diferentes reinos.

Al igual que el sistema de arriendo, el de asiento también sufrió de los mismos males. Primero la Corona contactaba con un constructor de barcos y le pedía que fabricara cierta cantidad de ellos con ciertas especificaciones en un cierto límite de tiempo. A cambio la Corona se comprometía a pagar "x" cantidad por el trabajo; sin embargo, como era frecuente, a pesar de que el fabricante realizaba su trabajo pasaban varios años sin embolsarse ni un solo maravedí. Los gastos corrían a cuenta del asentista, y eran tan grandes que tenía que suspender la obra por falta de solvencia o, para ahorrar en gastos, construir de manera deficiente los galeones (lo que provocó más de un naufragio). Francisco de Noja, asentista para la fábrica

2 *Ibíd.*, p. 78.

3 *Ibíd.*, p. 79.



 El sistema de arriendo resultó, al final, dar más pérdidas que ganancias para los propietarios, por lo cual se negaban a prestarlos (muchos dueños optaron por esconder sus navíos en puertos clandestinos para que no les fueran incautados).	 La construcción y costo de un galeón variaba según su tonelaje, pero en general el tiempo rondaba entre los 2 y 5 meses y su costo entre los 20 y 30 mil ducados.	 Al igual que el sistema de arriendo, el de asiento también sufrió de los mismos males. Primero la Corona contactaba con un constructor de barcos y le pedía que fabricara cierta cantidad de ellos con ciertas especificaciones en un cierto límite de tiempo.
---	--	---

de galeones, en carta a Juan Bautista Sáenz de Navarrete comenta:

Ordénese al asentista cómo ha de fabricar y sepa que si lo hace bien le harán merced y si mal, castigará y cúmplase con él como asentarse que con esto no puedo creer ni me persuado a que ninguno lo haga mal. Más si se falta con el dinero y no tiene quien le ayude a suplir tanto como es menester, ni crédito en el ínterin que llega y, por otra parte, le aprieta Su Majestad vivamente para que adelante la fábrica y entregue los galeones y no tiene con qué, claro está que han de ir con muchas faltas que no hacen de querer ahorrar en todos, sino de poder más.⁴

Desde esta perspectiva podemos comprender la gran pérdida que significaba para la corona y los vasallos un suceso de naufragio, destrucción o despojo de los galeones. El control de las rutas de navegación así como el mantener a los navíos en funcionamiento y buen estado, era una tarea primordial para los intereses de todo el reino. Esto se refleja en la cantidad de cédulas, ordenanzas y reglamentos que se elaboraron para tener un mayor control sobre los asuntos marítimos.

Corrupción, fraude, contrabando de mercancías y personas en la Carrera de Indias.

A pesar de que durante toda la época colonial el rey en turno se preocupó por regular las actividades marítimas con la creación de cédulas, ordenanzas reglamentos etc., estas casi nunca se seguían. En la cuestión naviera, al ser una de las principales preocupaciones, la corona no dejó de tener una cierta actitud monopolizadora y controladora al respecto. Por ejemplo, no

fue sino hasta la segunda mitad del siglo XVIII cuando se permitió el comercio libre con ciertas restricciones (cobrando, claro está, el respectivo impuesto por mercancías); las personas no podían comerciar ciertos artículos, ni siquiera podían pasar a América sin el permiso expreso real. Estas actitudes de la corona pronto permitieron el desarrollo de actividades ilícitas como la corrupción, el fraude y el contrabando.

Lo más común fue la alteración de las medidas y estructura internas de los galeones. La Corona promulgó varias ordenanzas en cuanto a las formas de construcción y medidas que deberían tener los galeones⁵, sin embargo esto no fue acogido en las más de las veces. El principal objetivo al alterar las dimensiones de los barcos era defraudar a la Real Hacienda, evadir el pago de impuestos y contrabandear todo tipo de mercancías. El fraude por alteración, claro está, no podría haberse realizado sin el consentimiento de constructores, comerciantes, oficiales reales y hasta capitanes, generales y almirantes de las flotas ¿Cómo conseguían realizar este fraude? Alterando las dimensiones de las bodegas, dando menos longitud a las quillas y esloras y más en la manga y puntal. El fraude se realizaba tanto en barcos mercantes como en barcos de guerra.

En los barcos mercantes de particulares generalmente se cobraba un impuesto cuya cantidad resultaba de la capacidad volumétrica de sus bodegas. Para evadir pagar una cantidad grande de impuesto y, al mismo tiempo, para realizar contrabando de mercancía no registrada, se bajaba el nivel del último alojamiento (la cubierta más baja antes de la bodega) resultado que la capacidad de alma-

4 Francisco de Noja a Juan Bautista Sáenz de Navarrete. Santander, 28 de agosto de 1650. AGI, *Indiferente*, 2573, citado en *ibíd.*, pp. 86 y 87.

5 Véase, por ejemplo, la Ordenanza de 6 de julio de 1613, en AGI, *Indiferente*, 2595.

cenamiento de la bodega bajara, pero ganando más espacio en la última cubierta. Así, el espacio libre que quedaba en el último alojamiento se cargaba de mercancías que se llevaban y traían sin registrar. Los navíos se adaptaban así para el contrabando y fue una actividad muy común y hasta aceptada en la época. Pese a la preocupación por estas evidentes defraudaciones (se llevaron a cabo estudios e informes como el memorial hecho por Antonio de Orbe al rey Felipe V en 1703⁶) los intereses particulares, en especial la de la Casa de Contratación de Sevilla, se impusieron.

Lo mismo ocurría con los galeones reales tanto de guerra como de transporte. Sin embargo, la operación era aquí la contraria: en vez de bajar el nivel de las bodegas, éstas eran aumentadas desmesuradamente para poder introducir en ellas mercancías sin registrar de las que comerciantes, capitanes, generales y almirantes de la flota se beneficiaban. La modificación de los galeones, como era de esperarse, dio como resultado su sobrecarga, pesadez y lentitud, siendo más difícil manejarlo y haciéndolo vulnerable a los ataques enemigos y los naufragios.⁷ En este respecto, la incapacidad de la corona por poner fin a estas actividades dio como resultado su aceptación en la práctica (pues

aunque no se legisló de manera concreta en esta materia, oficialmente eran reprobables).

El contrabando no sólo se daba en mercancías, también en personas. Al lado de los viajeros que guardaban todas las formalidades que preceptuaba la legalidad, navegaban un gran número de personas sin licencia. El fenómeno se agravó durante todo el siglo XVII y parte del XVIII: pasajeros legales e ilegales abarrotaban los puentes y cubiertas de los galeones. El general Francisco Díaz Pimienta, que comandó la Armada de Tierra Firme en 1643, notificó a la Casa de Contratación todas las acciones que llevó a cabo para erradicar la emigración clandestina, sobre todo en navíos mercantes pues, decía, "suele haber gran desorden".⁸ Como es de suponerse, esta actividad clandestina era amparada por los altos mandos de las armadas. Éstos, al recibir una cantidad monetaria suficiente, permitían esta actividad haciéndose de la vista gorda. Fue tan escandalosa y recurrente esta práctica que Felipe IV hacía saber a sus generales de armada, en Real Cédula de 6 de marzo de 1643, que:

Es tan grande el exceso que ha habido y hay en pasar gente a ellas [las Indias] en mis Armadas y Flotas, contraviniendo a las órdenes que lo prohíbe, que obliga, para evitar los inconvenientes y daños que de ello pueden resultar, así por lo que se llena de gente vagabunda aquella tierra, como por la falta que hay en ella en estos reinos, a procurar remedio por todos los caminos.⁹

6 Véase Memorial de Francisco Antonio de Orbe a S. M. Sevilla, 8 de mayo de 1703. AGI, *Indiferente*, 2717.

7 Uno de los naufragios más importantes sufridos por la Flota de la Nueva España, y que reflejan esta situación, fue el de la nave almiranta *Nuestra Señora del Juncal*, cerca de Campeche, en 1631, que, además del mal tiempo que la sorprendió, también se sumaron errores humanos, malas decisiones y cuestiones burocráticas, por lo que se fue a pique con gran cantidad de oro, plata y mercancías tanto del rey como de particulares. Véase Flor Trejo Rivera (coord.) (2003), *La Flota de la Nueva España 1630-1631. Vicisitudes y naufragios*, México, INAH.

8 Fernando Serrano Mangas, *op. cit.*, p. 205.

9 Real Cédula del 6 de marzo de 1643. AGI, *Indiferente*, 763; citado en *ibíd.*, p. 206.

Otra práctica en la emigración clandestina fue ocupar como subterfugio el empleo de marino o soldado de la Armada para que, una vez llegando a América, fueran abandonados. Esto dio lugar a que, no en pocas ocasiones, la Armada retornase sin la cantidad de hombres necesarios para operar satisfactoriamente las naves y actuar en caso de contingencia. La situación fue tal, que en 1635 el rey lanzó una Real Cédula en la que decía haberse informado:

Que después de haberse alistado gente de mar y guerra que se embarca en esa Armada, por intercesiones, ruegos y negociaciones, se despiden unos y se reciben otros, que son los que, por la mayor parte, van con ánimo de quedarse en las Indias, como cada viaje se queda tanto número de gente de esta Armada.¹⁰

El número de pasajeros clandestinos o con idea de emigrar ilegalmente a América, hace suponer las duras condiciones de vida en la Metrópoli y, al mismo tiempo, una idea sobre América llena de prosperidad y oportunidades. América fungió para la mentalidad española como ese Otro antítesis de su situación, una oportunidad de mejorar sus circunstancias y rehacer sus formas de vida.

Estudiar a la sociedad de aquellos siglos como una sociedad marítima (un "universo flotante"), esa historia un tanto olvidada por nuestra historiografía, es una tarea amplísima que da para muchos temas e investigaciones (vida cotidiana en las embarcaciones, naufragios, prácticas culturales etc.). En este trabajo intenté hablar

10 Real Cédula de 29 de marzo de 1635. AGI, *Indiferente*, 2500, lib. 16, fols. 225v y 226f. citado en *Ibíd.*, p. 207.

de manera general sobre el papel de la navegación y algunas actividades sociales en la relación hombre-mar, que, espero, den algo de luz sobre el tema. En resumen, citando a Iván Escamilla Gonzáles:

En la historia del mundo colonial americano pocos fenómenos tuvieron la trascendencia y la duración de las flotas de la Carrera de Indias. Los convoyes anuales de navíos de carga y guerra que con el nombre de "flota" y "galeones" unieron a la Península Ibérica, respectivamente, con los virreinos de Nueva España y el Perú, fueron durante siglos el vehículo natural y necesario del comercio, la migración de personas y el trasvase cultural entre Europa y América. Desde su formal establecimiento en la segunda mitad del siglo XVI, la ruta de las flotas fue una de las líneas de comunicación y defensa más importantes de la monarquía española, y el reflejo fiel de los altibajos del imperio americano desde su surgimiento bajo Felipe II hasta el fracaso de los experimentos del reformismo borbónico.¹¹

Fuentes:

Escamilla Gonzáles, Iván (2007), "Reseña del libro: Flor Trejo Rivera (coord.), *La Flota de la Nueva España 1630-1631. Vicisitudes y naufragios*, México, INAH, 2003", en *Estudios de Historia Novohispana*, enero-junio.

Serrano Mangas, Fernando (1992), *Función y evolución del galeón en la Carrera de Indias*, México, MAPFRE.

Trejo Rivera, Flor (coord.) (2003), *La Flota de la Nueva España 1630-1631. Vicisitudes y naufragios*, México, INAH.

11 Iván Escamilla Gonzáles, "Reseña del libro: Flor Trejo Rivera (coord.), *La Flota de la Nueva España 1630-1631. Vicisitudes y naufragios*, México, INAH, 2003", en *Estudios de Historia Novohispana*, enero-junio 2007, p. 203.

La dieta era muy rica y variada haciendo que estos pueblos originales disfrutaran de una dieta envidiable que fue cambiando con la llegada de la cultura española.



La dieta novohispana: Encasillamiento histórico por razones culturales, económicas y sociales

Jesús Miguel Sánchez Reyes

Se dice que la dieta alimenticia va de la mano con la geografía y cultura de cada región, dando a entender que un estudio pertinente debe de tener en cuenta tres ámbitos de suma relevancia para sus análisis, como culturales, económicos y sociales.

El presente artículo tuvo como objetivo el abordaje de la dieta alimenticia de nuestra región, la cual en cierta forma es muy parecida a la del resto del noroeste mexicano, pero con tintes únicos. Se dice que la dieta alimenticia va de la mano con la geografía y cultura de cada región, dando a entender que un estudio pertinente debe de tener en cuenta tres ámbitos de suma relevancia para sus análisis, como son el cultural, el económico y el social. Partiendo de este punto, comenzaré con el primer ámbito.

Sinaloa desde sus conglomerados de grupos de indios mantuvo una cultura basada en la agricultura primaria, cosechando granos básicos como maíz y frijol, pero este alimento, aunque fuera el básico, ya que las mismas descripciones de los diversos clérigos lo describieron, fue complementado:

“Crían muchas gallinas grandes a modo de pavos, muy sabrosas: hay crecido número de codornices, de cuatro o cinco especies, y algunas de ellas son como perdices. También tienen ánades y patos de muchas clases, así domésticos como silvestres, de cuyas plumas hacen sus vestidos para las guerras y fiestas; usan estas plumas para muchas cosas porque son de diversos colores, y todos los años las quitan a estas aves. Hay también papagayos grandes y pequeños, que tienen en las casas, y de sus plumas asimismo se aprovechan. Matan para comer un crecido número de ciervos, corzos, liebres y conejos, de los que hay gran cantidad en muchas partes. Cultivan

diversidad de plantas y hortalizas. Tienen una como pimienta para condimentar, que llaman *Chile*, y no comen cosa alguna sin ella”.¹

Como vemos, esta dieta era muy rica y variada haciendo que estos pueblos originales disfrutaran de una dieta envidiable que fue cambiando con la llegada de la cultura española, modificándola al adaptarse ahora para sus necesidades, pues los españoles tenían una alimentación completamente diferente que aún con el paso generacional era, por mucho, más dominante que la dieta alimenticia adaptada. Esta dieta estaba completamente basada en la ganadería, menor y mayor, pues por razones culturales los pueblos europeos tienen muy marcada esta característica alimenticia por lo complicado que era poder llevar una agricultura estable por razones climáticas. Esto se puede notar en el sistema trienal donde se buscaba la sobrevivencia del cultivo; es por esa razón que las únicas especies a las que podían recurrir constantemente eran el trigo y los tubérculos muy resistentes, como las patatas.

La dieta mixta que llevaban en Sinaloa hasta el siglo XVII se puede considerar muy variada, pues los alimentos eran una mezcla entre los platillos tradicionales indígenas con una rica ganadería por parte de los novohispanos. Había un perfecto equilibrio entre costumbres indígenas y españolas, pero es aquí cuando la dieta sufrió un gran encasillamiento debido a la misma sociedad tan ambigua, políticamente hablando. Esto se debió al comienzo de nuevas esferas y rangos sociales en el mundo novohispano, en el cual Sinaloa no fue la excepción. El alimento ahora dejaba de cubrir la necesidad biológica de subsistencia al

adentrarse a una ostentosa necesidad de buscar una separación social e imposición del poder económico. Como dice Braudel:

“En lo que a la comida se refiere, basta una primera aproximación para discernir fácilmente sus dos extremos: lujo y miseria, abundancia y penuria, analicemos el lujo. Constituye el espectáculo más vistoso, descrito con más profusión de detalles, y también el más atractivo para un espectador de hoy”.²

Ante esta clara división dio un giro rotundo la dieta alimenticia que se venía practicando, nacida por la necesidad de los primeros ibéricos llegados; ahora no estaba atada a ésta, pues la explotación agraria y los fuertes mercados dentro de las tierras novohispanas, y también ultramarinas, hicieron que la división fuera demasiado marcada entre ricos y pobres. En el caso del maíz, los mismos conquistadores derramaron sangre al obtenerlo para ellos. Ahora este alimento es renegado por la clase novohispana pudiente quien veía como algo sumamente reprobable su consumo, pues lo consideraban alimento indecente. “En el México colonial la presencia de nuevos alimentos, como el trigo, hicieron que el maíz adquiriera un significado de identidad entre los grupos indígenas, lo que no era necesario antes del contacto”.³

La separación entre clases sociales también se ve reflejada en el mismo alimento, pues al parecer los productos alimenticios ahora parecían exclusivos para el consumo de algunos grupos. Esta separación no sólo afectó a alimentos como el maíz o frijol, sino también a alimentos frutales, pues la mayoría era demasiado fácil de con-

1 Joaquín García Icazbalceta (2018), *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temestitán México*, escrita por un compañero de Hernán Cortés. Tomo I, México, Secretaría de Cultura, Dirección General de Bibliotecas, p. 379.

2 Fernand Braudel (1984), *Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible*, Madrid, Alianza Editorial, p. 151.

3 Barón Barrueto Mejía, Daniel de la Torre Suárez, Sandra Gómez Meza, Alejandro Osornio Cerda y Lizeth Karina Vásquez Soberanes (2010), *La cocina española*, México, Escuela Superior de Turismo, p. 23.



seguir, dándole un valor poco relevante en nuestra región, mientras que en España lo veían con recelo y como de gran valor:

“En Nueva España “cualquiera” podía coger frutos, que en Europa, diría Massimo Montanari, sólo eran privativos de los nobles, como los que crecían despegados del suelo, los más coloridos y dulces, ya que, sólo las raíces, los bulbos y plantas rastreras servían de alimento para los campesinos. Ideas que finalmente reflejaban el imaginario estamental de la sociedad de antiguo régimen, pero que en el nuevo mundo parecían relativos”.⁴

Se diría que la sociedad novohispana veía como de poca importancia estos alimentos porque cualquiera podía obtenerlos; igualmente pasó con los productos marinos pues Culiacán, hasta el día de hoy, es envidiable por su pesca. Esto conllevó a la búsqueda de productos a los que no cualquiera pudiera tener acceso,

4 Enriqueta Quiróz (2014), “Comer en Nueva España. Privilegios y pesares de la sociedad en el siglo XVIII”, en *Revista Historia y Memoria*, Núm. 8, enero-junio, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, pp. 19-58.

utilizando así el comercio de la Naur de China que estaba floreciendo, dando la oportunidad de buscar productos exóticos. Pero he aquí como de nuevo el mismo medio ambiente no permitió que la compra de productos por esta vía económica marítima, que estaba de auge en el resto de la Nueva España, pudiera incursionar en el Noroeste y, principalmente, en Sinaloa, pues la mayoría de productos alimenticios que se transportaba por la Naur de China eran perecederos, imposibilitando el establecimiento de éstos en nuestra región. Además, enfrentado con el mismo comercio ganadero y agrícola que mantenía, Sinaloa, junto con el mercado de Guadalajara, no fue redituable, pues era un mercado completamente cerrado por ser autónomo, por lo que necesitaban traer productos de otras partes para su consumo local.

Veamos el ejemplo del resto de la Nueva España donde este mercado marítimo fue permisible por el mismo clima y no tener un mercado cerrado, como el Noroeste. Se permitió un flujo constante de productos, como especies, las que marcarían una separación total en la gastronomía de la Nueva España. Tomando en cuenta

esto, pasaremos a apreciar la siguiente gráfica, de 1748.

Como vemos en la gráfica, en el sur del país se concentraba la compra y consumo

Los grandes mercaderes buscaron a toda costa que un mercado exterior, como la Naur de China, no se estableciera, pues representaba una pérdida económica a grandes escalas.

Panel A

	Consumo anual en Nueva España (1)	Precio en Manila	Precio en Acapulco (2)	
			Mínimo	Máximo
Pimienta	100,000	1	5	8
Clavo	10,000	9	40	48
Nuez moscada	2,000	13	44	52
Canela	102,000	8	24	32
Seda mazo	53,950	14	34	46

Panel B

	Consumo anual en Nueva España (3)	Precio en Manila	Precio en Acapulco (4)	
			Mínimo	Máximo
Bombasies	9,030	6.5	20	24
Sayas blancas	10,080	16	32	48
Raso liso	864	104	208	240
Porcelana	96,000	0.16	0.8	1.2
Seda de Cantón	9,880	18	44	52
Quimonos ordinarios	2,040	34	68	80

(3) Piezas

(4) Reales/pieza

Fuente: Rafael Dobado González: La globalización hispana del comercio y el arte en la edad moderna, En Rafael Dobado González: Asociación internacional de economía aplicada, Valladolid España, 2014, p.33.

de especias traídas por la Naur de China, lo que impactó fuertemente su dieta alimenticia dando una variedad de sabores que en el norte se desconoce debido a que los platillos consumidos en aquella zona se prestan para darle sazón, pues al tener un mercado abierto con oportunidad de consumir ganado mayor y menor, debido a que su clima no representa una constante lucha por su inclemencia, como en nuestras tierras, se posibilita obtener cualquier especie. Incluso las especies se pueden adaptar de una mejor forma que aquí. Vemos que

los pocos productos traídos al Noroeste por esta vía marítima eran comúnmente para el consumo de unos pocos, quienes más que la necesidad de alimento, lo veían como un lujo que podían gozar. Lo mismo pasaba con algunas bebidas, como vinos.

Otro punto a observar en nuestro encasillamiento alimenticio es que los grandes mercaderes buscaban a toda costa que un mercado exterior, como la Naur de China, no se estableciera, pues representaba una pérdida económica a gran escala. Vemos un

ejemplo en la siguiente gráfica, en la cual se muestra el gran comercio que se llevaba a cabo en la Nueva Galicia en cuestión de ganado.

El negocio ganadero, que combinado con el estricto mercado agrícola explotaba y comercializaba las especies nativas, representaba por mucho

"Estas provincias del norte siguieron siendo dominadas por el mercado de la Nueva Galicia, pues mientras Culiacán se centraba en explotar de sobre manera la cuestión agrícola, con productos altamente rentables, como maíz, frijol o el mismo pimient, Guadalajara producía a grandes rasgos muchas variantes obtenidas del ganado mayor, como el cuero con el que

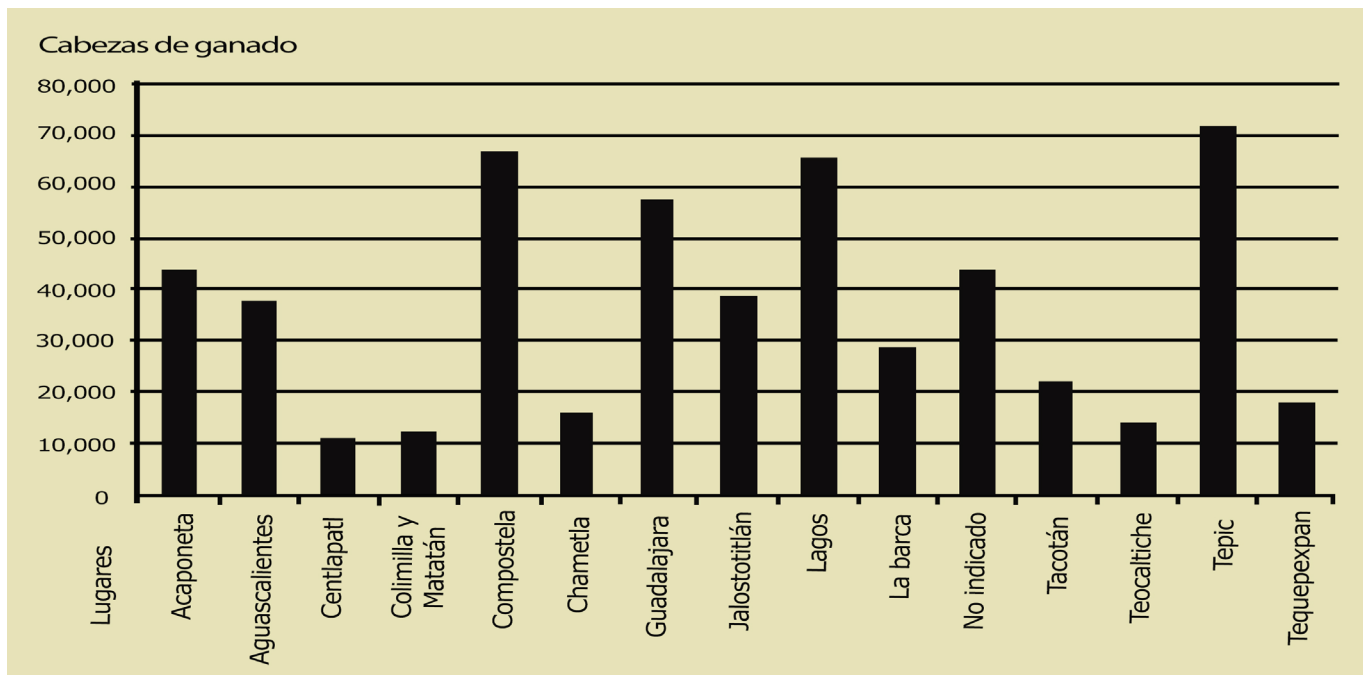


Ilustración 1. Carlos René de León Meza (2020), "Comercio transfronterizo de ganado en el reino de la Nueva Galicia durante el siglo XVII", Universidad de Guadalajara, Departamento de Ciencias Sociales y Jurídicas, Editorial CUCEA, p. 194.

un mejor capital para estos ganaderos y agricultores quienes en su propia tierra tenían todo para mantener un comercio próspero y autónomo, como mencioné antes. La Nueva Galicia lograba seguir siendo el mercado dominante gracias a las extensas tierras agrícolas y ganaderas. Pero cabe destacar que con la incursión de la Naur de China el mercado de Sinaloa seguía, junto con Guadalajara, abasteciendo ahora las provincias del norte. Se convirtió en un espacio concentrador y redistribuidor de productos como trigo, maíz y ganadería, con los que se abastecía a todo el reino y a las provincias de Sonora y Nueva Vizcaya.

se conseguía diversas prendas o herramientas. Véase que otro gran producto comercializado derivado de las cabezas de ganado fue la grasa que, para la cultura española y ahora Sinaloa junto al resto del Noroeste, significaba a grandes rasgos una necesidad para la cocina, combinada con la tradición indígena adoptada. "Sin duda fue una gran innovación, dentro de lo que había sido la dieta tradicional prehispánica, mezclar el maíz con grasa de cerdo; antes de la conquista los indígenas no usaban grasa en la preparación de los alimentos y no los freían".⁵

El uso de la grasa no sólo se aplicaba sólo para la comida, sino que iba más allá, pues en esa época al parecer una

⁵ *Ibíd.*, p. 30.

comida rica en grasa era sinónimo de salud, incluso se recomendaba en algunas ocasiones, como sucedió en el “año del hambre”, en la década de los 80 del siglo XVIII:

“Los medicamentos del antiguo régimen tenían una base mayoritariamente botánica y química en menor medida y su preparación también requería de alimentos de uso común para producirlos. Por ejemplo, se usaba la clara del huevo para elaborar jarabes, y la yema para los enemas; la manteca de cerdo era la base en la elaboración de ungüentos y emplastos; el aceite de ajonjolí se usaba en varios medicamentos; el vino tinto se mezclaba con nieve de limón para hacer el “vino carlón”, que trataba diarreas simples; el ajo, la miel, el aceite de ricino y la oliva se usaban para hacer cataplasmas, lavativas, etcétera”.⁶

Esta terrible enfermedad causada en aquel año azotó al Noroeste donde la alimentación jugó un papel crucial en el entendimiento de la época sobre la salud y las buenas prácticas alimenticias. Como vemos, el encasillamiento de la dieta alimenticia no sólo se debe a cuestiones económicas rotundas, sino también a fenómenos naturales, como epidemias, que modificaron la dieta. Para entender de mejor forma lo vivido en aquella época debemos observar que también estos usos relacionados con la salud empleando alimento seguían siendo primordiales, pues hasta los anuncios y recomendaciones oficiales tomaban este alimento como necesario, acentuando aún más su separación de un método para saciar una necesidad bio-

lógica. La recomendación de la época se basaría en la “fácil digestión” de los alimentos por considerarlos saludables de acuerdo a la idea de que “lo que nutre, no es lo que se come, sino lo que se digiere, y nada influye tanto en la moral de un individuo, cualquiera que sea, que la manera como se hace su digestión”. De manera que se recomendaba comer carne de ternera, carnero o cualquier otro animal”.⁷

Esta recomendación queda demarcada en la historia alimenticia en el Noroeste novohispano, pues las ventas de ganado mayor junto al ámbito agrícola, del que desde antaño se conocía a voces de sus propiedades medicinales, pasaron a ser cuestión de interés más allá del consumo primario original, pues ahora se buscaba con fines medicinales, logrando que el mercado cerrado del Noroeste tomara mucha más fuerza en su autonomía.

Este nuevo mercado muestra su importancia a lo largo de estos años, tras superar aquel fatídico “año del hambre”. Ahora sus ventas tuvieron crecimiento en este nuevo campo, pues en las ciudades se comenzaron a ver boticas de este tipo.

“En las boticas se encontraban hierbas, vegetales, semillas y especias que servían, tanto para la fabricación de medicinas como para platillos culinarios; se podía encontrar: cebolla, savia, mejorana, arrayán, tomillo, yerbabuena, toronjil, comino, pimienta blanca y negra, clavo, perejil, cilantro, café crudo y tostado, semillas de mostaza y melón, almendras dulces y amargas, apio, zanahoria, espárragos, canela, jengibre, nuez moscada (que en exceso es venenosa) y vainilla, entre otros”.⁸

Además de estas reformas alimenticias que promulgó la salud, también

6 Abril Reynoso Bazúa (2016), “Comer para sanar: alimentación y medicina en Nueva Galicia, siglo XVIII”, en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, Vol. 37, Núm.146, El Colegio de Michoacán, p. 73.

7 *Idem.*

8 *Ibíd.*, p. 71.

ayudó al mejoramiento de la calidad de la carne, pues antes de este trágico año la calidad de la carne en la Nueva Galicia era muy cuestionada, incluso culturalmente el consumo de ésta no era un tema ampliamente aceptado. Las personas que no gozaban de un sustento económico elevado no se podían permitir adquirir carne de primera clase. "Sólo una pequeña fracción de la población tenía acceso a una alimentación buena, ya que, la mayoría de pobres se conformaban con atole de masa, tortillas, frijoles y uno que otro pedazo de carne".⁹

Algunas reflexiones de salida

Este suceso, además de encasillar la alimentación de nuestra región, también contribuyó al mejoramiento de la calidad de los productos vendidos, sobre todo los alimenticios, haciendo que ahora el mercado de la Nueva Galicia tuviera un mejor estándar de calidad, lo que sirvió para un claro mejoramiento en el cuidado de los productos, otorgando calidad y cantidad que ninguna otra provincia novohispana pudo lograr. Incluso en nuestros días, aunque nuestra región ya no sea la Nueva Galicia, el Noroeste mexicano sigue siendo sinónimo de calidad en cuestión ganadera y agrícola, donde Sinaloa no ha perdido su protagonismo gracias a sus suelos fértiles que siempre han sido descritos, desde los primeros clérigos y conquistadores, como el propio Nuño Beltrán de Guzmán, como ricos.

Cabe destacar que sucesos como las epidemias, aunque no lo parezcan, están relacionados con la misma alimentación. El alimento siempre se ha caracterizado por sanar al regente que busca comerlo, pues en su grandes emociones y sentires el ser humano deja de ver la comida sólo como ma-

⁹ *Ibíd.*, p. 75.

teria prima para saciar el hambre, haciendo que estos productos adquirieran otros objetivos como calmar el dolor que alguna persona siente en su enfermedad, la necesidad de consumir algo para calmarlo o en algunos casos para poder olvidar sus malos sentires por algunos momentos.

Podemos observar un ejemplo de la vida cotidiana, cuando un niño tiene fiebre y la madre le prepara algún caldo, aunque sepa que este alimento no acabará con la enfermedad, sí podrá dar gozo al consumirlo. El alimento, como se expuso a lo largo de este artículo, cambia, se transforma, evoluciona y se adapta a la visión y nociones del hombre.

Fuentes:

Barrueto Mejía, Barón, Daniel de la Torre Suárez, Sandra Gómez Meza, Alejandro Osornio Cerda y Lizeth Karina Vásquez Soberanes (2010), *La cocina española*, México, Escuela Superior de Turismo.

Braudel, Fernand (1984), *Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible*, Madrid, Alianza Editorial.

García Icazbalceta, Joaquín (2018), *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temestitán México*, escrita por un compañero de Hernán Cortés. Tomo I, México, Secretaría de Cultura, Dirección General de Bibliotecas.

Quiróz, Enriqueta (2014), "Comer en Nueva España. Privilegios y pesares de la sociedad en el siglo XVIII", en *Revista Historia y Memoria*, Núm. 8, enero-junio, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.

Reynoso Bazúa, Abril (2016), "Comer para sanar: alimentación y medicina en Nueva Galicia, siglo XVIII", en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, Vol. 37, Núm.146, El Colegio de Michoacán, pp. 47-81.

Loza, P. (1865).

Carta manuscrita del Obispado de Sonora, protestando contra las leyes de Reforma.

Transcripción y comentario de la «Carta manuscrita del Obispado de Sonora,
protestando contra las leyes de Reforma», de Pedro Loza (1865)

Por: Angélica Barrios Bustamante

Esta carta está localizada en la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco "Juan José Arreola", Colección de Misceláneas, No. 216: No. 25. Guadalajara, México. La carta fue enviada desde San Francisco, California, por el obispo de Sonora Pedro Loza y Pardavé al emperador Maximiliano de Habsburgo en el año 1865. El motivo fue persuadir al monarca que dejara de refrendar las medidas liberales y galicanas¹ heredadas del régimen liberal, y de este modo evitar el inminente cisma de la Iglesia en México.

Desde el año 1860, el obispo Pedro Loza, junto a otros prelados, se encontraba exiliado en la ciudad estadounidense a raíz de las conflictivas relaciones entre la Iglesia y el Estado durante la Guerra de Reforma y la Intervención francesa en México. Desde allá se propuso, en representación del clero mexicano, establecer contacto con el emperador extranjero asentado en Chapultepec a fin de disuadirlo del error en que incurría el gobierno a la hora de sostener la vigencia de las Leyes de Reforma, augurando con esto el desconocimiento de la legitimidad concedida por parte del clero, tal como había sucedido en años previos. Por lo mismo, hace un llamado al carácter católico e ilustrado del gobernante, traído con el favor de la iglesia mexicana, y así evitar el rompimiento de las relaciones con la Iglesia.

La solución propuesta consistía en la revocación de las denominadas Leyes de Reforma y la urgente necesidad de pactar un concordato con la Santa Sede, tal como lo había logrado el emperador Francisco José de Austria, hermano de Maximiliano II, en el año 1855. El concordato le daría la oportunidad a la Iglesia mexicana de sujetarse directamente al poder del Vaticano, y no al del Estado que se empeñaba en sostener prácticas que a los ojos del clero se mostraban "regalistas". Los eventos históricos que sucedieron posterior a la carta expuesta le dieron la razón al prelado de Sonora, una vez que el Imperio fue incapaz de sostenerse sin el apoyo del episcopado, lo que vino a precipitar su rápido y trágico desenlace.

El presente documento nos ofrece la oportunidad de

¹ Doctrina o pensamiento que confiere potestad al gobierno civil sobre la Iglesia y el clero en su jurisdicción.

Desde el año

1860,

el obispo
Pedro Loza,
junto a otros
prelados, se
encontraba
exiliado en la
ciudad
estaduni-
dense a raíz de
las conflictivas
relaciones
entre la
Iglesia y el
Estado
durante
la Guerra de
Reforma
y la
Intervención
francesa
en México.

conocer cómo sucedieron las relaciones Iglesia-Estado durante el Segundo Imperio mexicano y, además, rescatar la figura de personajes incorporados a la historia del Noroeste, como el obispo Pedro Loza, participantes notables en el devenir regional y nacional.

Documento transcrito:

„Señor:

El megicano² que suscribe esta exposición, el último de los Obispos del Imperio; pero que directamente profesa los mismos principios católicos que sus Venerables Hermanos; y ha participado con ellos y que experimenta todavía las penalidades que nos acarreó á todos la defenza de esos mismos principios hollados por el antiguo gobierno en las llamadas leyes de Reforma, se vé hoy en la presicion de elevar desde aquí su voz, uniéndola a la de su digno Metropolitano de Guadalajara y la de los demás Prelados de Méjico, relativamente á la carta dirigida por V. M. I. (Vuestra majestad imperial) en 27 del último Diciembre al Excelentísimo Señor Ministro de Justicia.

No había yo dado crédito á dicho documento aunque publicado hace algunos dias en los periódicos de esta Ciudad, porque habiendo venido por la via de Nueva York donde la prensa (sic) se empeña en desfigurar las noticias de Méjico, con el fin de desacreditar el nuevo órden público ahí establecido, fácilmente puede persuadirme de que esta sería una de tantas fábulas que todos los dias inventan aquellos escritores; pero a la presente ya no me ---- dela autenticidad de la carta, así como de la dolorosa impresión que ella ha causado en la mayoría de nuestro pueblo, quien no puede conciliarla ni con el amor y respeto

2 El documento expuesto conserva de manera íntegra las formas y estilos ortográficos del periodo en que se suscribe.

que V. M. I. profesa al catolicismo, ni con la noble voluntad y generosa disposición que ha mostrado de salvar á este mismo pueblo de la anarquía que lo devoraba.

Porque, á la verdad, Señor si hade llevar adelante el despojo de la propiedad eclesiástica decretado por aquellas leyes, si han de garantizarse las adquisiciones que con arreglo á las mismas se han verificado, si el clero hade perder su libertad asalariándole por el gobierno, y si todo esto ha de hacerse por la autoridad pública sin contar con la cabeza de la Iglesia la situacion de esta en Méjico solo verá á su tan lamentable como lo era hace tres años y se verá otra en la clara necesidad de protestar como lo hizo entonces en defenza de la verdad y de la justicia quizá. Habrá algunos que quieran todavía defender que esa clase de medidas en oposición con la Villa Apostólica no atacan al catolicismo y quizá algunos otros sacrificarán sus convicciones y su conciencia á una falsa política; pero no puedo creer que un príncipe como V.M.I. tan religioso como ilustrado piense de la misma manera; y tanto ménos, en cuanto que no hace muchos años todo el mundo vió y aplaudió el Concordato que vuestro augusto hermano celebró con la Santa Sede, como el único medio legítimo de allanar estas graves dificultades en el católico imperio de la Austria.

Los Obispos megicanos, Señor no deseamos ni replicamos otra cosa, sino que de una manera semejante se terminen las diferencias que en lo eclesiastico tuvieron lugar con nuestro antiguo gobierno, ya que no sea posible restituir las cosas, como lo exigía una rigurosa justicia, al estado que guardaban en Agosto de 55: así lo proponíamos en el de 56 á dicho Gobierno; á esto se le invitó repetidas veces manifestándole que nuestra resistencia á cumplir sus disposiciones en el particular; no dimanaba de una obstinación, ni de un espíritu de partido, ni de otros bastardos intereses, de los que, por beneficio de Dios hemos estado muy ajenos; sino por que la materia sobre que

versaban tales disposiciones, no era ni ha sido jamás del resorte de la autoridad civil; por consiguiente, el Obispo que se conformara con ellas sin estar de acuerdo con el Romano Pontífice, contraería una gravísima responsabilidad ante Dios y los hombres.

Y en verdad Señor, que cuando en cumplimiento de nuestro deber nos espresábamos de esa manera, no hacíamos más que reproducir é interpretar fielmente las ideas y sentimientos religiosos de la mayoría de los megicanos: ideas y sentimientos que, ----- por los mismos ilustres ascendientes de V. M., han formado siempre carácter distintivo de este pueblo, y son ahora el único bien que le ha guardado después de medio siglo de continuas revoluciones. En todas ellas ha llevado con resignación los inmensos sacrificios que le exigían é indecibles menoscabos que hacían sufrir los que á mano armada promovían un cambio de sistema político, ó del personal de gobierno: pero cuando en la última revolución se quería que sacrifi-

cara aun su conciencia, sofocando sus sentimientos y contrariando sus costumbres católicas, ya no pudo sufrir más; y después de una tenaz resistencia y de mucha sangre derramada clamó por un liberador, é invitó á V. M. I. para que rigiera sus destinos.

Que no se vea, Señor, frustrado en sus esperanzas: que no se le exponga a los horrores de un cisma; sino que difiriendo estos graves asuntos hasta que el Sr. Nuncio Apostólico se halle suficientemente autorizado por Nuestro Excelentísimo Padre, la resolución definitiva que ellos deban tener lleve el sello de la autoridad de la Iglesia; única competente en asuntos espirituales. Estos son los deseos, estas las súplicas que por mí, y á nombre de los fieles confiados á mi cuidado me atrevo á dirigir á V. M. I. pidiendo á Nuestro Señor guarde incólume su augusta persona y bendiga y prospere en nuevo Imperio = San Francisco de California Marzo 7 de 1865 = Señor= súbdito y servidor de V.M. I. Pedro, Obispo de Sonora."

Imágenes del documento (primera y última):

Sonora:
El megicano que suscribe esta exposición, el último de los Obispos del Imperio, pero que dichosamente profesa los mismos principios católicos que sus Venerables Predecesores, y ha participado con ellos y aun experimentado todavía las penalidades que nos acaeció á todos la defensa de esos mismos principios hollados por el antiguo gobierno en las llamadas leyes de Reforma; se ve hoy en la posición de elevar desde aquí su voz, uniéndola á toda su digno Metropolitano de San Rafael, y á la de los demás Obispos de México, relativos á la carta dirigida por V.M.

blo, y son ahora el único bien que le ha quedado después de medio siglo de continuas revoluciones. En todas ellas ha llevado con resignación los inmensos sacrificios que le exigían é indecibles menoscabos que le hacían sufrir los que á mano armada promovían un cambio de sistema político, ó del personal del govt, pero cuando en la última revolución se quiso que sacrificara aun su conciencia, sofocando sus sentim.^{tos} y contrariando sus costumbres católicas, ya no pudo sufrir más, y después de una tenaz resistencia y de mucha sangre derramada, clamó por un libertador, é invitó á V. M. I. para que rigiera sus destinos.

Mario T. García, Universidad de California-Santa Bárbara, sobre *Ciudad Juárez: Saga of a Legendary Border City*, por Óscar J. Martínez (Tucson: The University of Arizona Press, 2018), 330 p.¹

Traducido del inglés por Rigoberto Rodríguez Benítez

Óscar J. Martínez es, tal vez, el pionero principal de la historia contemporánea de las fronteras.¹ Incluso antes de que el concepto de "historia de las fronteras" se pusiera de moda, Martínez ya estaba desarrollando este campo. Su libro de 1978 *Border Boom Town: Ciudad Juárez since 1848* (University of Texas Press) es ahora un clásico. Hijo de esta comunidad fronteriza, Martínez la conoce no sólo personal sino también históricamente. *Ciudad Juárez: Saga of a Legendary Border City* es una edición revisada y aumentada del libro de 1978, en su 40 aniversario, al que se le da la bienvenida. Martínez ha incorporado nuevo material y añadido nuevos capítulos críticos, que cubren los últimos cuarenta años. El resul-

tado es un nuevo texto meticulosamente investigado que se sostiene por sí mismo.

Lo que es en parte importante en el estudio de Martínez es que la historia de la frontera no puede ser sólo el estudio de un lado, sino que debe ser el estudio de ambos. No puede comprender la historia de Ciudad Juárez sin comprender también El Paso, Texas, cruzando la frontera. Las historias de estas ciudades han estado siempre interconectadas como gemelas, así, aunque el libro es ostensiblemente la historia de una comunidad mexicana, es también una historia de El Paso y por lo tanto una contribución a la historia de Texas. Enfocándose en buena medida en la historia económica, Martínez traza la evolución de las economías interrelacionadas de ambos pueblos desde el fin de la Guerra entre México y Estados Unidos, que creó la frontera, hasta el presente. Una tarea ambiciosa pero que en las habilidosas manos de Martínez alcanza el éxito.

Lo que es claro es que Juárez ha estado siempre y permanece en desventaja en relación a El Paso. Esta relación es un microcosmos de la relación económica entre México y Estados Unidos, una nación en desarrollo y la otra una desarrollada. Este tema se discute en los capítulos acerca de las etapas tempranas de ambas localidades, a finales del siglo XIX y principios del XX, especialmente con la llegada de los ferrocarriles; el impacto de la Revolución Mexicana de 1910 en ambas ciudades; los efectos de la Prohibición en los Estados Unidos y cómo esta funcionó en favor de Juárez, pero también condujo a su desafortunado desarrollo

¹ Óscar J. Martínez es Profesor Emérito de la Universidad de Arizona. Ha publicado, entre otros libros, *Mexico's Uneven Development. The Geographical and Historical Context of Inequality* (2015); *Troublesome Border*. Edición revisada (2006); *Mexican-origin People in the United States* (2001); *Border People. Life and Society in the United States-Mexico Borderlands* (1994). Editó *United States-Mexico Borderlands: Historical and Contemporary Perspectives* (1996). Fue director de tesis de Rigoberto Rodríguez Benítez en el programa de doctorado de la Universidad de Arizona.

como “ciudad del pecado”; los impactos de la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial; y las economías fronterizas de la posguerra. Capítulos posteriores discuten el desarrollo de políticas económicas neo-liberales en ambos lados, resaltadas por el Tratado Norteamericano de Libre Comercio (NAFTA, por sus siglas en inglés), e incluyen el ascenso de la violencia relacionada con las drogas, tales como los feminicidios (los asesinatos de mujeres jóvenes). A pesar de todos los problemas de Ciudad Juárez a lo largo de los años, especialmente en las últimas tres décadas, Martínez se mantiene optimista de que, dada la fortaleza de su gente, aún hay mejores días por venir.

La actualización del libro tempranamente clásico de Martínez es bienvenida y es también un recordatorio del

trabajo pionero de un historiador de las fronteras. Es también un recordatorio de que la historia de Texas es en parte también historia de fronteras, desde El Paso hasta el Golfo de México.

Sobre un asunto personal, recuerdo que yo investigaba para mi propia historia de El Paso en los mismos días que Oscar Martínez hacía su investigación a mediados de los 70. Sospechábamos un poco uno del otro, tal vez creyendo que hacíamos el mismo trabajo. Sin embargo, al tiempo descubrimos con gusto que nuestros dos estudios eran distintos y complementarios. Como dos hijos de la frontera Ciudad Juárez-El Paso, nuestros trabajos han mantenido vigencia en el transcurso de los años y han ayudado a colocar las bases para la historia contemporánea de las fronteras.

